

1 ELISA

2 LEVI

3 POR QUÉ

4 LLORAN

5 LAS

6 CIUDADES

N

O

V

E

L

A



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Narita-Barajas

I

Copenhague

II

Tokio I

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

Nikko

X

XI

Tokio II

XII

XIII

XIV

Denis (Ada.doc)

Ada, mi amor...

Elisa Levi

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

Denis se ha suicidado y ahora Ada está sola. Sola entre sus hermanas y su madre y su padre y los chistes sin gracia de su entorno, sola en la habitación que comparte con su pareja y frente al lexatín que nunca falta en la cartera. Sola en Japón, donde ha tenido que viajar como única albacea de quien fuera su mejor amigo.

Nostalgia, tristeza y melancolía afloran por las calles de Tokio mientras acompañamos a Ada en su deambular por preguntas que seguramente tampoco sabríamos responder: ¿Dónde encajan los ausentes?

¿Cuál es la promesa de aquellos que se quitan la vida? ¿Quién ha sabido sostenerle la mirada a la felicidad? Hay quien elige palabras rimbombantes para hablar de la primera novela de una joven autora. Elisa Levi es joven y este es su debut narrativo, pero más que una revelación o una bengala intermitente, lo que ha escrito es una oda al desencanto. Algo esencial.

POR QUÉ LLORAN LAS CIUDADES

Elisa Levi



A Ana y a Bárbara

Los suicidas han engañado siempre al cuerpo.

«Querer morir»,
ANNE SEXTON

Narita-Barajas

You bloody mother fucking asshole.

Oh, you bloody mother fucking asshole.

Bloody Mother Fucking Asshole,

MARTHA WAINWRIGHT

I

Estoy parada en el paso de cebra más largo de Shibuya. En los hombros siento el pelo recién cortado. Soy una europea más en el cruce. Cuento con los ojos a las personas que van a colisionar conmigo. No lo evito, no me importa. Como dice Denis, en Japón la gente no se toca. Y yo quiero que alguien me roce en Japón.

Paso todas las yemas de mi mano derecha por la yema del dedo gordo. Como si estuviera contando. Pero mi cabeza cuenta otra cosa, se pregunta dónde he aparcado el coche de alquiler y el tiempo que tengo para llegar a la acera, porque yo sigo parada en medio del cruce de Shibuya. Cierro los ojos y vuelvo a pensar en el coche. Calculo que un mínimo de diez personas ha rozado mi cuerpo cuando han cruzado. Echo a correr hasta la acera, está a punto de ponerse en rojo.

Mientras camino hacia el coche, vuelvo la cabeza fingiendo que estoy siendo filmada por una cámara invisible. Noto mi pelo moverse alrededor de mi nuca. Me encanta. Antes lo llevaba largo (excesivamente largo) y ahora cada vez que me miro al espejo siento que soy la espía de una película de ciencia ficción americana que se ha cortado el pelo para parecer otra persona. Imagino que la cámara invisible está filmando un plano medio de una chica de espaldas en mitad de Tokio que mira hacia atrás a cámara lenta porque piensa que el futuro amor de su vida está observándola. Con la boquita un poco abierta y el pelo en movimiento. Muy Scarlett en *Lost in Translation*.

Consigo llegar al aeropuerto Tokio-Narita. Dejo el coche de alquiler en el aparcamiento y le doy las llaves a un japonés que no levanta la cara de la pantalla de su ordenador portátil ni se quita el palillo de la boca.

Vuelvo a pasar las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Pero mi cabeza está reprochándome lo pronto que voy siempre a los aeropuertos. Ya he pasado todos los controles y aún faltan tres horas para que salga mi vuelo.

En la primera hora de espera ya me he comido todos los snacks que me llevé. En la segunda hora terminé de leer el libro *Hiroshima, mon amour*, de Duras. En la tercera hora escribo esto en mi libreta:

*Lo que Hiroshima me quiso decir
o lo que Denis me quiso enseñar:
hay que entender por qué lloran las ciudades
para poder salvar la vida.*

Le enseñé mi tarjeta de embarque y mi pasaporte a la azafata y entro en el avión. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Y pienso que el avión es el transporte más seguro del mundo. A pesar de todo, en el bolsillo de mi chaqueta llevo un maravilloso lexatín.

Son once horas de vuelo hasta que llegue a París y otras dos hasta que llegue a Madrid. Cierro los ojos y me imagino que me filman un primer plano de cómo levanto mis párpados lentamente. El espectador podría deducir, si yo fuese esa espía de la película americana, que estoy pensando en la compasión que siento por la siguiente víctima que me han encargado eliminar. No se me puede olvidar comprar flores en el aeropuerto de Madrid.

Vuelvo a abrir los ojos. Me quedé dormida pensando en las flores. Hay una niña que me mira por el hueco entre su asiento y el que intuyo que es el de su madre. Me mira con pena. Vuelvo a cerrar los ojos.

•••

Hemos llegado a París. Corro por el aeropuerto porque no llego al otro avión. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Sigo corriendo y obviamente ahora la cámara invisible está grabando un *travelling* de mi carrera. De vez en cuando miro hacia atrás para que filme cómo siento que alguien me persigue.

Llego a la puerta de embarque y veo que el vuelo viene con retraso de veinte minutos. Pienso en lo estúpida que he sido corriendo. Voy al baño. Hay cola, pero me da tiempo. Mi turno. Me bajo los pantalones. Me bajo las bragas y me apoyo en la taza. Me acuerdo de que mi madre siempre me cubría la taza con papel higiénico, para que meara sin tocar la superficie. Podía coger infecciones de niña guarra, me decía. Ahora siempre apoyo mi culo en la fría loza del váter. Por rebeldía. Y para que se dé cuenta de que me alejo bastante de su modelo ideal de hija.

Vuelvo a la puerta. Enseño mi pasaporte y mi tarjeta de embarque. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Me siento en el avión y toco mi lextatín a modo de placebo. Saco la libreta y anoto:

*No dejas de dolerme;
por lo tanto,
te quedarás en mi cuerpo para siempre.*

*Te quedarás en mi mano
y yo te acariciaré
como acaricio a los animales.*

*Emerges de mi agua como la crueldad del martirio.
Y yo agito tu terror como un río agita a los muertos.*

Pienso en lo que he vivido estos días en Tokio. «La muerte del amigo», podría titularse este capítulo de mi vida. Me acuerdo de que Denis ha muerto y en mi cabeza aparece la temporada que vivió en Francia, con la lejanía de

un recuerdo enterrado entre malezas. Su casa, sus compañeras de piso. Su malísimo francés. Seguramente habría corrido también por este aeropuerto porque llegaba tarde. Recuerdo a Denis y que está muerto. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Denis vivió en París y tenía un perro. Se llamaba *Zoco* y, la verdad, no recuerdo por qué ese nombre. Me encantaría escribirle, que lo leyera y que en menos de un minuto me hubiera mandado una nota de voz explicándome el motivo de ese nombre tan feo para un perro. Pero está muerto. Además, por decisión propia. Así que, como tú siempre me decías a mí: Lo que tú decidas estará bien.

Por fin llego a Madrid. Mi maleta sale la primera —rara vez— y allí está la señora que me decía que hiciera pis sin tocar la loza del váter. Junto a su marido. Mi padre. No, es mentira, mis padres jamás han venido al aeropuerto a recoger a nadie. Están mis dos hermanas. Con la misma cara de lamento de siempre. Como si nunca hubieran tenido una alegría. Igual. Mi hermana pequeña me abraza y me pregunta qué tal me quedó el discurso que di en el funeral. Yo paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Termino el ritual antes de que mi hermana mayor me agarre la mano derecha para impedir que finalice el proceso. Zorra.

Me imagino de nuevo la cámara, esta vez filmando un plano general conmigo en el centro y mis hermanas vueltas hacia mí, de espaldas a la cámara. Las tres estamos paradas. Me miran y me preguntan cosas que el espectador no llega a oír. Yo, sin embargo, miro al frente, con indiferencia, y el espectador sí oye mi respiración pausada y cansada.

Mi hermana pequeña me gira la cara hacia ella y me obliga a responderle: ¿Cogemos un taxi, sí o no? Obviamente le digo que no. ¿Por qué llegar a casa en treinta minutos pudiendo llegar en tres cuartos de hora?

Echaba de menos el metro de Madrid, aunque ahora lo que echo de menos es el cruce de Shibuya. Mierda, se me ha olvidado comprar flores. Tengo que volver ahora mismo al aeropuerto y comprar flores. Vamos por Mar de

Cristal. Bueno, no me importa, me bajo en la siguiente y doy la vuelta al aeropuerto para comprarlas. Se lo digo a mis hermanas. Ambas me miran como me miró mi madre cuando me pilló masturbándome en mi cuarto. Cuánto se parecen a ella. La pequeña (que está todo el puto día preguntando) me dice que las compre en otro momento, que a mamá no le gustan las flores. Les digo que no son para mamá, que son para mí y que tengo que volver al aeropuerto a por ellas. Ya se abren las puertas del metro. Mis hermanas me retienen y no me dejan salir. Les digo que tengo que comprar flores en la floristería del aeropuerto. Mi hermana pequeña pregunta por qué. Ambas me miran. Y la cámara invisible filma un primerísimo primer plano de mi boca diciendo lo siguiente: Porque Denis siempre compraba flores ahí cuando volvía a España, para mí. Siempre vivas. Por toda la vida que a él le faltaba, por eso compraba siempre vivas.

Cuando se lo explico, siento la vergüenza que te embriaga cuando estás en familia, la que te recuerda por qué te fuiste una vez. Mi hermana mayor abre su bonita boca (de las tres, es la que tiene la boca más bonita) y me dice: Ada, a Denis ya le da igual dónde las compres, no pasa nada. En ese momento se convierte en la frase que más odio del mundo y en la hermana que más odio de las dos. Aunque la pequeña remata con: ¿Y por qué siempre vivas, con lo bonitas que son las rosas? Ahí la hermana pequeña se iguala a la mayor. Me resigno y paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Pero en realidad lloro. Porque ya no habrá más siempre vivas. Ni más Denis. Y a mis hermanas les da igual. En general, a toda la gente de este metro le da exactamente igual la muerte de Denis. Y la de cualquiera. Nadie ni nada se para por la llegada de la muerte. Bueno, sí, el móvil de la víctima se para. Seguirá saltando su contestador cada vez que marque su número. Hola, soy Denis, déjame un mensaje. Saco mi libreta y, con mis dos hermanas mirando (aunque fingen que miran sus móviles), escribo:

No dejo de pensar en tu miopía, que ya no es tuya,

*porque ya no necesitas los ojos.
Pero los míos siguen viendo
y tú eres la causa de mi obsesiva búsqueda.*

*Pobre mi miopía que nunca dejará de buscarte.
Aunque la tuya ya tenga arena.
Cada lágrima que mi mejilla acoge
está dedicada a las que ya no saldrán de tus ojos.*

*La vida también se acaba, Denis,
como el café,
como las flores
y como todo lo bello.*

Hemos llegado a la casa de mis padres. Y mi madre ha abierto la puerta. Nos miramos las dos y todo el edificio siente cómo ambas pensábamos exactamente lo mismo: La de cosas que tenemos sin resolver y que seguramente no resolvamos nunca, pero el día de mi boda fingiremos que está todo bien y ella llorará como si hubiera sido una madre ejemplar y yo una hija que hacía pis sin tocar la loza del váter. Paso todas las yemas de mis. Mi madre me ha cogido la mano derecha para evitar que finalice el proceso. Sin dejar de mirarme a la cara. Yo siento las puntas de mi pelo en mis hombros, como en el cruce de Shibuya.

Sentadas alrededor de la mesa del comedor me pregunta, sin mirarme a los ojos y sin mostrar afecto: ¿Qué tal el funeral de tu amigo? Mi madre es una cabrona. Denis venía a buscarme a casa todas las mañanas. Íbamos juntos al colegio. Caminábamos calle abajo con las mochilas a los hombros mientras mi madre se aseguraba de que cruzábamos bien desde su ventana de la cocina del cuarto piso. Denis ha sido mi mejor amigo a lo largo de veinte años. Y el día que mi madre vio a Denis besarse (definitivamente, no el mejor beso que le hayan dado) con Javier, decidió que no se acordaría jamás de su nombre.

Que para ella Denis era un completo desconocido a quien era mejor no conocer. Mi madre, en el fondo, me da pena.

Miro a mi padre, sentado en su gran sofá verde desde el que está viendo un concurso televisivo. También me da pena, pero para él tengo más pena mezclada con cariño. Me pregunto si alguna vez ha alcanzado a leer un libro entero. Si alguna vez ha sentido la satisfacción de cerrar un libro porque ya se han acabado las palabras, las imágenes. Ahora la cámara invisible está apagada porque aquí no hay nada interesante que grabar. Pienso en el perro de Denis. Dónde habrá ido a parar ese perro. Quién cuidará de él. Cojo el lexatín de mi bolsillo. Abro la boca y lo trago. Bebo agua también, claro. ¿Qué te tomas? Mi madre se hace la tonta. Siempre que vengo a su casa me tomo un lexatín. Siempre la misma pregunta. Siempre la misma respuesta:

—Un ibuprofeno para la regla.

Copenhague

Desde que te conozco tengo en cuenta la muerte.
Pero lo que presiento no se parece en nada
a la común tristeza.

Eros es más,
JUAN ANTONIO GONZÁLEZ-IGLESIAS

II

El día 10 de enero de 2016 murió David Bowie. El día 10 de febrero de 2016 murió Denis. Y el día 9 de febrero yo estaba en la que es mi casa desde hace dos años, en Copenhague, con mi novia y mi perra *Clara*. Mi casa tiene los techos muy altos porque a Nadine le gustan y en nuestro dormitorio hay una ventana enorme que los vecinos nos obligan a decorar en Navidad porque da a la calle. Vivimos en un tercer piso y desde la cama se ve la estación de metro de Amagerbro. El día anterior a la muerte de Denis, Nadine recogió una carta para mí. Desde que Denis se fue a vivir a Japón nos escribíamos por carta, a pesar de nuestros whatsapps diarios. A Denis y a mí nos encanta pensar que somos los protagonistas de *Solo los amantes sobreviven*, de Jim Jarmusch, y que, a pesar de que el mundo avance y nuestras vidas cambien, siempre habrá un punto romántico en nuestra comunicación. Desde el momento en que salimos del cine lo supimos. Yo soy Tilda Swinton y él es Tom Hiddleston. Yo soy Eve y él es Adam.

Nos mandábamos cartas con regularidad y el día 9 de febrero Nadine llegó a casa con un paquete enorme.

Abro el paquete con Nadine mirando expectante desde el sofá y antes de acabar de abrirlo paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Muy pocas veces Denis me había mandado un paquete tan grande, es muy caro, y solíamos utilizar este tipo de comunicación para contarnos cosas livianas que caben en la cara de un folio. Lo máximo que nos habíamos enviado había sido algunos CD.

Termino de abrir la caja marrón y salen un montón de siemprevivas blancas que llevaban al menos dos días comprimidas y empaquetadas. Se

desbordan hacia fuera como si la gravedad hubiera cambiado en dirección al techo. No hay carta esta vez, pero un CD asoma al fondo con una nota que dice: DAVID BOWIE LO SABE, Y TU MAMI TAMBIÉN.

La cámara invisible hace un plano cenital y simétrico de la caja y de la nota. Poco a poco se convierte en un plano detalle de la frase mientras suena la canción a la que pertenece.

Nadine recoge las flores, me susurra en danés lo bonitas que son y yo le escribo un mensaje a Denis continuando la canción: Te veo bailar con pegatinas en el culo. Pero Denis no me contesta. Denis no me contesta porque ya se ha tomado dos cajas enteras de lexatín. Si hubiera sabido que estaba muerto, le habría escrito un párrafo que resumiera lo bonito de nuestra amistad. Como algo romántico, porque tampoco lo habría leído. Continúo con mi día. Escribo en mi libreta:

Las dolencias de cada uno son personales e intransferibles.

Como los bálsamos labiales.

*El dolor es un arma de destrucción masiva
que tenemos todos y cada uno de nosotros.*

*Me relaja pensar que ningún jefe de Estado va a mandar tropas a mi
cuerpo
para encontrarla.*

Recuerdo más las dolencias que las alegrías.

Aquí, la falta de respeto por la felicidad la tenemos todos.

Y lo titulo *El dolor*. Sin tener ni idea de que ya Denis no existe.

El día va pasando y la luz en Dinamarca se apaga pronto. Saco a mi perra Clara, que me mira ansiosa desde el suelo. Estoy escuchando el CD que venía en la caja, con mi discman heredado de mi hermana, mientras voy a recoger a Nadine al teatro de Nørrebro, donde trabaja. Un poco lejos de mi casa, pero tengo tiempo. Los primeros acordes de *Divina* de Radio Futura golpetean mis oídos y yo me río porque estoy escuchando Radio Futura en

Dinamarca. No oigo mi móvil porque voy con los cascos, pero, si hubiera cogido el teléfono en ese momento, un enfermero japonés me habría explicado que Denis estaba muy grave en algún hospital de Tokio de nombre impronunciable. Yo me habría caído al suelo, habría soltado a *Clara* y *Clara* habría ladrado. Un danés o una danesa se habría parado y me habría levantado del suelo lleno de nieve. Pero sigo caminando. Llego al teatro y Nadine me observa enfadada. Me reprocha que no he cogido el teléfono. Miro el móvil y veo tres perdidas de ella, dos mensajes de mi madre, cuatro notificaciones de Facebook y una llamada de un número muy largo, desconocido. Llego a casa y lo primero que hago es llamar al número largo. Un hombre coge el teléfono y me habla en un idioma que no entiendo. Yo respondo en inglés y le explico que antes no escuché el móvil. Él, en un tono muy serio, me contesta que es del hospital jdklshbhdcbdc (no recuerdo, para nada, el nombre) y que hay un paciente llamado Denis que acaba de fallecer. Y yo soy su persona de contacto. Aquí es día 9 de febrero todavía. En Japón ya es 10.

Me caigo al suelo y Nadine termina de hablar con el enfermero japonés por teléfono. Después, me recoge de la moqueta de mi casa y paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Miro a Nadine. Tengo que decirle que coja de mi mesilla los lexatines. Abro la boca para hablar, pero no me sale la voz. Estoy sentada en el sofá y ahora la cámara invisible está grabando un plano general de mi salón, simétrico, donde en el centro del plano está el sofá en el que estoy sentada. Mis gestos suceden a cámara lenta y las acciones que hace Nadine a mi alrededor suceden en cámara rápida. Nadine va a por agua. Me la trae. Se da cuenta de que necesito un lexatín. Va a la mesilla de noche y piensa en lo seca que está la planta que tengo al lado de la lámpara. A ella, Denis le da igual. Vuelve al salón y me da el lexatín. Se sienta a mi lado y me dice lo que el enfermero ha acabado de contarle. Me agita un poco los hombros para comprobar que estoy escuchándola.

Me tomo el lexatín. Qué querrá mi madre. Qué me habrá puesto en los dos mensajes que he recibido antes. Que la llamo poco. Seguro. A ella le da igual que Denis haya muerto. Porque Denis ha muerto. Y yo tengo que irme a Japón.

Tokio I

Did you ever notice
I've been ashamed all my life?

Cold Little Heart,
MICHAEL KIWANUKA

III

*Mi madre me quería tanto que ató su cordón a mi cuello.
Y jamás me dijeron que si te aman demasiado
es como si no te hubieran amado nunca.
Mismo vacío. Misma búsqueda.
He vuelto a perder mi norte
como todos los miércoles a estas horas.
Aunque hoy he asumido mi condición de animal dócil y severo.
Porque soy un ser doliente,
como cualquier otra hija de puta,
adiestrada en el recuerdo y obligada a olvidar.*

*Y me veo en la necesidad,
como todos los miércoles a estas horas,
de tener que elegir entre
tu recuerdo
y el recuerdo del dolor que me has causado.*

*Ya que nos condenaron a ser bestias despiadadas
vamos a comportarnos como tales.
Porque de los sentidos sí se vive y crueles somos los dos.*

*Juré no comer animales.
No me obligues a hacerlo.*

Y lo titulo *Sin título*. Lo vuelvo a leer y me doy cuenta de que no sé a quién está dirigido. No me importa.

Mi padre trabajaba en un quiosco. Tenía clientes habituales y estaba en

mitad de una plaza que tenía los adoquines del suelo de color blanco y mostaza, había bancos donde las señoras del barrio bajaban a sentarse a hablar con las amigas. Cuando él tenía que ir a recoger pedidos, mis hermanas y yo nos quedábamos al mando. Mi hermana mayor atendía a los clientes y mi hermana pequeña y yo curioseábamos las revistas. El interior del quiosco era un lugar oscuro, pero donde me sentía segura: era como esconderse dentro de un armario. Todo me asustaba, pero a la vez sabía que estaba protegida porque alcanzaba a ver todo el interior, no había nada que se me escapase. Escondida allí dentro, me tumbaba y buscaba mensajes, palabras grabadas en esquinas por mis hermanas, mi madre o alguien que, como yo, se tumbara en el suelo del quiosco a esconderse.

De vez en cuando, robaba chicles sin que mis hermanas me viesan. Me los metía en la boca y, pegados al paladar, trataba de fingir que en mi boca solo residía mi lengua. Cuando los mascaba y el azúcar me recorría todos los dientes, pensaba en la yonqui que siempre veía en la esquina, de vuelta a casa. Era una chica joven y a mí me parecía una mujer preciosa, incluso con sus dientes picados.

A veces venía Denis al quiosco, con sus pantalones cortos y su carita de niño huérfano.

Cuando venía, me iba con él y dejaba a mi hermana pequeña responsable de mi coartada. Robábamos flores del puesto de la tía de Denis y vagábamos por las calles del barrio, con las flores en la mano y los chicles en la boca, hablando de cosas que no correspondían a nuestra edad.

Mi padre tenía un quiosco del que Denis y yo huíamos.

...

Estoy en el aeropuerto Tokio-Narita. He quedado con el compañero de piso de Denis aquí. Llevo una hora esperando porque le dije que el avión venía con retraso (mentira) para poder estar un tiempo sola en el aeropuerto. Sabía

que iba a necesitar llorar y recordar. En Japón la gente llora y nadie se da cuenta.

Un chico rubio me toca el hombro. Mi cámara invisible está grabando un plano corto de la mano en mi hombro y de cómo mi cabeza se gira para mirarla. Me pregunta, en español, si yo soy Ada. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Cómo me habrá reconocido. Me dice que me ha llamado dos veces. Otra vez llevaba los cascos. Estaba escuchando Radio Futura en Tokio.

...

—Nadie esperaba que Denis fuera capaz de quitarse la vida, ni siquiera yo, que vivía con él. Aunque es verdad que hace un tiempo empecé a notar que le pasaba algo, estaba cambiado, se aisló y dejó de ir a trabajar. Me habló mucho de ti, de que estás viviendo en Copenhague, ¿verdad? Muy caro, ¿no?, aunque buenos sueldos. Qué fuerte lo que hacen con la comida, eso de que ponen impuestos más altos en lo que no es sano. ¿Tú eso cómo lo llevas? Estarás acostumbrada, claro.

Odio ir en el coche con alguien que no respeta que la gente esté en silencio.

—No te lo he dicho antes porque no sabía cómo decírtelo, pero en el piso solo hay dos habitaciones, la mía y la de Denis... Bueno, la que era de Denis.

Porque Denis ha muerto. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

—Si te resulta triste o raro, puedo dormir yo en la suya, aunque a mí me da un poco de yuyu.

Le da yuyu porque a él Denis, en el fondo, muy en el fondo, le da igual.

—No. Yo duermo en la habitación de Denis.

—Vale. Después hay que ir al hospital porque no saben qué hacer con el cuerpo.

Comienza a hablarme de lo que hacen en Japón con los muertos. Me va a explotar la cabeza y solo quiero gritarle y pegarle.

Por fin llegamos a la casa y el chico rubio me da unas llaves y me explica las cosas básicas. Me lleva a la habitación de Denis y se disculpa por la cama sin hacer. Disculpa a Denis por haberse muerto con la cama sin hacer. Le explico que al hospital quiero ir yo sola. Me dice que Tokio no es Dinamarca, aunque accede, al menos, a que conduzca yo. Así aprendes el camino, me dice. Me apunto dos direcciones: la dirección de la empresa donde puedo alquilar un coche por horas, para futuras ocasiones, y la del hospital de nombre impronunciable, para futuras ocasiones también.

Consigo echarle de la habitación y miro la cama deshecha. Las arrugas de las sábanas todavía guardan la postura que fue adoptando el cuerpo de mi mejor amigo mientras su vida iba desapareciendo, borrándose. Me tumbo en esa cama. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

Aún no se me ha erizado la piel.

Salimos a la calle y una marabunta de gente pasa por delante de mis narices. Chicas que acaban de salir del cole, o del instituto, o de algún sitio donde las obligan a llevar uniformes de colegialas. Una de ellas lleva el pelo corto y me mira. Me mira con pena. Cierro los ojos. Me imagino que es Chieko, la niña sorda de la película de Iñárritu, *Babel*. Esa niña seguro que tampoco tiene madre, como Chieko. Abro los ojos y la miro con pena.

Conseguimos llegar al hospital. Hacía tiempo que no conducía por el lado contrario y por un momento casi le pido al chico rubio que sostenga él el volante. La conducción temeraria de Tokio tampoco me ha puesto las cosas fáciles.

Entramos al gran edificio que se yergue a nuestros pies. Hay carteles de no fumar por todas partes. Atravesamos juntos la puerta de cristal y le explicamos la situación a la persona que está al otro lado del mostrador de la

recepción. Enseguida viene un enfermero que me dice que él fue quien me llamó por teléfono. Denis se ha quitado la vida, de forma voluntaria. En la autopsia confirman la ingesta de ansiolíticos mezclados con antidepresivos, somníferos, antibióticos y alcohol. Él personalmente opina que eso haría vomitar a cualquiera, evitando la muerte, pero que este paciente no debía de tener muchas ganas de sobrevivir. Me traduce el chico rubio. Me lleva ante un hombre vestido con un bonito traje gris que agacha la cabeza cuando me ve. Le pregunto quién es y me responde que le acompañe a un lugar tranquilo. Entramos en una sala donde hay una gran mesa y muchas sillas alrededor. Me indica que el chico rubio debe quedarse fuera. Cierro la puerta tras de mí. Me hace firmar papeles y más papeles. Finalmente, pone encima de la mesa el testamento de Denis. Voy a proceder a la lectura de sus últimas voluntades, me dice. ¿Últimas voluntades, Denis? ¿Hiciste testamento? ¿Yo soy tu albacea? Hace dos años redactaste un testamento, Denis. El hombre del traje gris comienza a leer.

...

Testamento de Denis M., nacido en Aviñón, Francia, el día 20 de abril de 1988, con nacionalidad española y residencia de estancia larga en Tokio, Japón, desde el año 2010.

En Tokio, a 28 de octubre de 2014, ante el notario Yuriko Kawasa, comparece para formalizar el testamento Denis M., sin intervención de testigos por petición del testador.

Denis M., mayor de edad, declara que la apertura de este testamento de escritura propia sea en presencia de la Srta. Ada R., nacida el 6 de noviembre en Madrid, España, residente con visado en Copenhague, Dinamarca. Ateniéndonos a la ley del país del cual el fallecido tenía la nacionalidad al momento de hacer el testamento (España), el testador nombra como heredera única y universal a la Srta. Ada R., siendo esta también albacea del mismo.

Hechas estas manifestaciones, ordena su final voluntad en las siguientes cláusulas:

1. Las rentas heredadas de su tía, la Sra. María Rosa M., la que fue su tutora legal hasta la mayoría de edad, serán vendidas y el dinero será donado a una causa benéfica a elegir por la albacea de este su testamento.

2. La suma total de su dinero será ingresado en un plazo máximo de 60 días posteriores a su defunción en la cuenta bancaria de la heredera única.
3. Sus muebles, ropa y demás pertenencias serán distribuidos según los deseos de la albacea.
4. Sus diarios y todos sus escritos son privados y solo podrá realizar una primera lectura la heredera única. Una vez leídos, podrá hacer lo que desee con ellos.
5. Ada R. queda a cargo de todas las decisiones de su entierro, teniendo en cuenta siempre la voluntad del testador de ser enterrado en Tokio, sin atenerse ni al sintoísmo ni al budismo. Quiere que se le entierre en el cementerio Zōshigaya, sin oración y sin vestimenta, desnudo. No quiere que, bajo ningún concepto, se le incinere. Su ataúd será simple. Durante la recepción, el ataúd estará cerrado y, como despedida, los asistentes dejarán que los funcionarios hagan su trabajo y nadie presenciará cómo su cuerpo, encerrado en el ataúd, se introduce en la tierra. Quiere que su lápida sea como las budistas y que lleve su nombre, que no aparezca ni la fecha de su nacimiento ni la de su muerte.

Terminada esta escritura como arreglo de la voluntad que Denis M. ha escrito personalmente, la ratifica y firma después de haber sido leída por el notario Yuriko Kawasa en voz alta e íntegramente, tras advertirle de su derecho a leerla por sí, del que ha rehusado.

•••

Nota de Ada sobre el siguiente escrito: Nunca he dedicado un texto a un personaje de ficción (y he de decir que me causa cierta impresión de estar haciendo algo fuera de lugar), pero este texto está basado y dedicado al personaje de ficción Chieko, de la película *Babel* de Alejandro González Iñárritu. Estoy en Japón y una niña japonesa me ha recordado a ella. Os sugiero que mientras lo leáis, os pongáis de fondo la canción *Iguazú*, de Gustavo Santaolalla, banda sonora de la propia película. (El final hace llorar.) Denis me la grabó en el CD.

*Desde el cielo,
en un piso treinta y uno,
una mujer desnuda mira por su terraza
hacia el suelo de la calle.*

*Un hombre vestido llega sin que ella se dé cuenta.
Juntos en el piso treinta y uno miran el suelo de la calle.*

*La mujer ha mentido sobre la muerte de su madre.
La mujer le da la mano al hombre vestido, que es su padre.
Llora porque su miedo es mayor que el amor a un hijo.
Llora desnuda,
porque su soledad es más grande que una madre anónima.
Y en la calle nadie llega a ver la escena
porque están tan altos
que se confunden con aves.*

*Pero en el cielo de Japón no hay aves.
Solo hay mujeres desnudas que agarran la mano.*

*La mujer desnuda tiene los ojos vacíos
y con la mano derecha se sujeta el vientre.
Está enferma de un dolor tan profundo
como la música con silencios prolongados.
El hombre sujeta también el vientre de ella.
Porque él ya ha tenido ese dolor antes.
El dolor que solo una bala puede igualar.*

*Pero en Japón nunca hay balas cerca.
Y si te crees que son tristes los ojos apagados de una madre sin su hijo
es porque no has visto los ojos de esta niña sola en un piso treinta y uno.*

*Esos ojos tienen dolor físico.
Como el de un niño que, jugando con un arma,
mató a su hermano.*

*El padre sujeta también el vientre de ella,
de ella que se ha meado,
porque está tan hueca por dentro que cuando abre la boca*

le salen alas.

Alas.

Los ojos tristes de la mujer mirando al suelo

hacen que el hombre tenga miedo.

Más miedo que el dolor que siente por estar solo.

Pero en Japón nadie está solo.

Lo titulo Japón y el desamparo.

Firmo todo, incluido lo que tiene que ver con la organización del entierro. Todo, Denis, todo, todo lo que tú querías, así lo haré. Viene a buscarme el enfermero y me indica que le siga, el chico rubio tiene que irse, no puede esperarme, estaré bien. Pienso en Nadine. Pienso en mi madre. Pienso en mi perra *Clara*. Pienso en mi ventana que da al metro. Pienso que es mejor que se vaya, que no lo necesito y que a Denis muerto solo lo veo yo. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Se me ha olvidado hacia dónde estamos yendo. Empiezo a notar el *jet lag*. Vale, vamos a ver el cuerpo sin vida de mi mejor amigo. Denis se ha matado mezclando lexatines con mil mierdas más. Lexatines, el sueño de mi madre.

El enfermero saca una camilla que tiene un gran número 11 dibujado en un lateral. Al deslizarse, va apareciendo su cuerpo desnudo. Tiene los ojos cerrados y parece que duerme, pero sus facciones están relajadas. Nunca le había visto tan relajado. Le han pegado los labios para que no se le abra la boca.

Me doy cuenta de que mi cerebro, y mi cuerpo en general, está reaccionando ante esa bonita estampa como si llevara trabajando con muertos toda mi vida. Sonrío a Denis, que ya nunca más me devolverá la sonrisa, y aparece de nuevo el recuerdo del quiosco, de sus pantalones cortos y de su yoyó.

Salgo del depósito y el enfermero me ofrece agua. Le digo que no con la cabeza y consigo llegar al coche notando cierto temblor en mis piernas.

Cuando me levanté esta mañana sabía que hoy iba a ser un gran día de mierda. De alguna forma sabes, siempre, nada más despertarte, qué tipo de día va a ser. Hoy va a ser un día de esos en los que mi cabeza va tan acelerada y con pensamientos tan seguidos que no hay espacio para la respiración. Mi cabeza, hoy, se desplaza a la velocidad de la luz.

Denis, te entiendo, mi amor. Ojalá yo tuviera valores tan claros como tú y ahora compartiese depósito contigo, pero creo que yo soy del tipo de personas que prefieren machacar su sistema inmunológico con lexatines para que un día me diagnostiquen una enfermedad larga y sin cura. Nadie me pedirá explicaciones. Mi enfermedad será como mi hermana pequeña en el quiosco, encargada de inventarse una buena coartada para mí.

Me tomo un lexatín, paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Y comienzo la vuelta a casa de Denis.

...

No sé si os habéis enterado ya o no, pero nuestro querido Denis falleció el día 10 de febrero. Lo enterraremos aquí, en Tokio, donde vivía, el día 18 de este mes. Entiendo que no es fácil comprarse un vuelo a Japón y planear un viaje al otro lado del mundo para dar el último adiós a Denis, por eso he decidido que lo mejor sería dejaros un margen para que vengáis si lo creéis necesario. Muchos me preguntaréis por qué no llevo el cuerpo a España. Y la respuesta es sencilla: no lo llevo porque yo era su persona de contacto, su albacea y su heredera universal y yo decido sobre el cuerpo de mi mejor amigo y me niego a llevarlo de vuelta a un país que hace tiempo él decidió que no era el suyo. Además, él especifica su deseo de ser enterrado en esta ciudad. Así que, si a alguien le importa o le ha importado Denis lo suficiente, que venga hasta el puto Japón por él. Espero vuestra confirmación y, para cualquier cosa, podéis escribirme.

No sé cómo informar de su muerte al resto de sus amigos, a sus familiares, a sus ex. Y aquí estoy, con el móvil en la mano, pensando que se ha

desentendido de su vida y yo no tengo ni puta idea de cómo hacerme cargo.

Qué mínimo que un e-mail. Es un poco macabro, pero no se me ocurre otra cosa menos frívola. Mando el e-mail con ese mensaje, pero más suavizado.

Llamo a Nadine y le cuento en danés que hoy he visto el cuerpo sin vida de mi mejor amigo, que no quiero ver su cuerpo muerto nunca. Me sugiere venir a Japón y estar conmigo. La convengo de que es mejor que se quede en Copenhague. Necesito estar sola.

Colgamos y saco mi libreta:

Sigiloso se aposentó en mis ojos el miedo.

O peor aún:

Sigiloso se aposentó en mi cabeza el miedo.

Ahora me pregunto si yo alguna vez amé.

Amar es para los que no tienen otra opción.

*Amar es para los que no tienen más libertad
que sus sentimientos.*

Y añado una cita de Pasolini: «Poco importa si como un rey la quise».

Lo titulo *El gran número 11*.

Aparco en el garaje del chico rubio, salgo del coche. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Me encuentro con el cruce de Shibuya, pero no lo cruzo porque hay demasiada gente. Veo cómo un hombre le hace una foto a las piernas de una chica que lleva falda. Recuerdo lo que me había contado Denis cuando vino a verme a Dinamarca. Me contó que, en Japón, la cámara de fotos de cualquier móvil era imposible de silenciar, para que supieras cuándo disparaban. Me doy cuenta de que al chico no le ha sonado el móvil cuando ha hecho la foto. Y pienso que Denis me mintió. Me encantaría sacar el móvil y mandarle un whatsapp diciéndole que estoy en Tokio y que he visto cómo un hombre

hacía una foto sin sonido. Eres un mentiroso, Denis. Pero su cuerpo en forma de lexatín gigante está bastante muerto ya.

Consigo llegar a casa sin perderme y sin coger el metro.

Estoy sola. Inspecciono el piso. El salón tiene unas ventanas que caen desde el techo hasta la altura de mis caderas. Miro y veo los coches, que parecen de juguete. Finalmente, acabo en la habitación del chico rubio. Su ropa huele a perfume de alguna marca famosa que ahora no me viene a la cabeza.

Llego a la habitación de Denis y allí huele todo a él. Me imagino la cámara invisible, que graba cómo mis manos tocan todo lo que se encuentra encima de su escritorio. Hay pequeños *travellings* de un lado a otro o incluso un *time-lapse*.

Me encuentro con las cajas de los medicamentos y los blísteres de lexatín con los que te mataste, vacíos. Ahí están, en el suelo, apilados. Los miro. Paso la lengua por cada hueco del blíster para ver si puedo quedarme con el mismo sabor de boca que tú.

Pienso en mi madre.

Me tumbo en la cama. Tengo diez e-mails con preguntas sobre la muerte de Denis. Siete de esas personas me dicen que no van a venir a Tokio. A ellos no les importa una mierda que Denis se haya muerto. En el fondo, lo entiendo, cuando se fue de España, lo dejó todo.

El chico rubio ha llegado. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

—Me ha llegado el e-mail, creo que tenemos que hablar de lo del día 18, ¿no crees? ¿Qué has pensado hacer? ¿Sabes ya si vendrá alguien de España?

Ignoro totalmente las preguntas que me está haciendo y le pregunto dónde estaba cuando Denis se tomó las pastillas.

—Estaba trabajando y me llamó el vecino avisándome de que se lo había llevado una ambulancia. Desde el hospital te llamaron a ti y poco después llegué yo.

—¿Quién avisó a la ambulancia?

—La persona que limpia la casa. Es curioso, porque ese día se retrasó una hora.

Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Vuelvo al cuarto de Denis. Saco la libreta:

*El mar del Norte
es al que yo me refería
cuando te hablaba de amor.*

*Ese es el amor al que me refiero
y el que quiero que me dediques por las noches,
cuando me paralice el pánico
que me hace dormir con una luz encendida.*

Una eterna y maravillosa luz encendida, amor.

El amor es saber perdonar la ausencia.

Es aprender a vivir con ella.

En ella.

*Y los que aprenden a tratarla
comienzan a amar la vida.*

El chico rubio me mira con pena desde el quicio de la puerta. Cierro los ojos y espero a que se vaya y me deje sola en la intimidad de un cuarto que no es mío. Ya se ha ido y además ha cerrado la puerta de la habitación. Cojo mi cuerpo y lo traslado al suelo, me dejo caer sobre la alfombra. Estoy mirando al techo y me vienen a la cabeza todas las cosas que Denis se quedará sin ver, sin hacer, sin leer. No podremos ir nunca más a la playa juntos. No volveré a quitarte ni la arena ni el salitre de las cejas.

IV

Abro los ojos. No sé cuántas horas he dormido. Miro mi móvil. Dos llamadas de mi madre, un whatsapp de Nadine y seis notificaciones de Facebook. Es la una del mediodía. Me desperezco y consigo levantarme y llegar al salón.

¿Hola? Silencio. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

Veo que encima de la mesa del comedor tengo una nota del chico rubio: «Hoy tengo turno completo. Esta noche vendrán a casa unos amigos que conocían a Denis. No podremos hablar con tranquilidad del funeral, ¿te acercas hoy a las 16.00 a mi trabajo y hablamos?».

No tengo hambre. No sé qué hacer en Tokio. Pienso en que aún me quedan aquí diez días y empiezo a sentir cómo me sube la ansiedad hasta las pestañas. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Voy a la habitación y me siento en el escritorio de Denis.

La cámara graba un plano medio mostrando cómo miro todo lo que está encima de la mesa sin tocar nada. Hago espacio entre sus papeles y sus cosas para poner mi libreta. Le robo un bolígrafo y anoto:

*La frescura de los días me escupirá la noche
para que sea tan fugaz que no sienta la oscuridad.
Y bailando me encontrarán las luces
que iluminan a todos los cansados de suplicar
que se los recuerde.*

No pongo título, ni me preocupo en buscar uno. Cojo mi móvil y leo el

mensaje de Nadine:

Le he dicho a tu madre lo de Denis.

Me ha llamado preocupada.

Lleva dos días intentando contactar contigo.

Miro las llamadas de mi madre. Miro el móvil con pena. Cierro los ojos.

Ahora la cámara invisible graba un *flashback*. Hay tres adolescentes (mis hermanas y yo) en lo que parece una boda. La hermana mediana se levanta y se acerca a su primo. Un primo al que no ve nunca. Solo en los tanatorios. Y ahora en una boda. Diego, se llama. Se acerca a él y le susurra algo al oído. Las otras dos hermanas lo ven. La pequeña se ríe y mira a la mayor. La mayor pone la misma cara que pondría una madre cargada de decepción. La hermana mediana y el primo se van juntos. La hermana mayor busca a su madre y va hacia ella. La cámara graba un plano escorzo de cómo la bonita boca de la mayor se mueve comunicándole algo a su madre. El espectador no alcanza a oír ninguna de las conversaciones porque la escena va acompañada de la canción *Maman, la plus belle du monde*.

Continúa la canción a lo largo de toda la secuencia. La madre y la hermana mayor van hacia el baño. En un *travelling* a cámara lenta se puede ver en su totalidad el vuelo de los vestidos de ambas, cómo los mueven sus cuerpos. Llegan al baño y, en un plano general, la madre abre la puerta del único aseo que está cerrado y ve cómo su hija mediana folla con su primo al que solo ve en los tanatorios. Plano cerrado de la cara de la madre, a la que vemos (a cámara lenta también) mantener una expresión neutra, aunque acaba con una mirada de pena. La madre cierra los ojos y cierra la puerta. En la cara de la hermana mayor, los espectadores pueden interpretar dos cosas: satisfacción, porque sabe que en ese momento se acaba de coronar como hija preferida, y agradecimiento, porque en el fondo sabe que la hermana mediana se lo ha puesto fácil.

Sigo mirando el móvil. Decido escribir a mi madre:

Mamá. Estoy bien, estoy en Tokio.

Denis ha muerto.

Voy a estar aquí hasta que arregle unas cosas. Cuando vuelva a Dinamarca te llamo, aquí no vamos a ponernos de acuerdo con la hora.

Además, prefiero no hablar con nadie.

Te echo de menos.

Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

No me creo ni yo lo de que la eche de menos. Pero he llegado a ese punto de la soledad en que se ha convertido en algo primario. Necesito a mi madre, pero a la que solo era madre y no persona. Ni ella se lo cree.

Leído.

Hablamos cuando vuelvas, sí.

Tenemos que hablar de si vas a venir a Madrid en Semana Santa.

Adiós, mamá.

Me la pela la Semana Santa.

Dejo el teléfono.

Encima de la mesa de su cuarto está el libro *Hiroshima, mon amour*. Tiene un marcapáginas puesto. Alcanzo el discman y los cascos, me pongo el CD de Denis. Me doy cuenta de que llevo un día y medio sin comer nada.

Estoy en la cocina y suena la canción *Holding Out For a Hero* , de Bonnie Tyler. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Me paro en seco y me río mientras me imagino cómo la misma cámara invisible que me graba a mí grabó en algún momento a Denis bailando esta canción en la cocina. Como la baila Cate Blanchett en la película *Bandits*. Me río mucho.

...

Ya son las cuatro y estoy delante del edificio donde supuestamente trabaja el chico rubio. Lo veo salir del ascensor. Viene con una compañera. Me la presenta y me olvido de su nombre dos segundos después de que me lo diga. Me lleva a un café y me dice que solo tenemos una hora.

—El funeral de Denis, el 18, ¿no? Me han escrito tres amigos de aquí que dicen que van a pasarse y creo que uno de ellos quiere leer algo. También vendrán compañeros de trabajo y no creo que mucha más gente.

Le digo que de España solo me han confirmado otros tres. Y que de su familia no creo que venga nadie.

—Tú vas a leer, ¿verdad?

—No.

Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Su amiga me mira.

Los invito al café. Los acompaño hasta su trabajo y me despido diciéndole que más tarde lo veré en casa. Cuando dejo de agitar mi mano a modo de despedida, me giro y continúo mi ruta por Tokio. Creo que es mejor que no me pierda mucho por estas calles, quiero evitar el metro.

Llego hasta Shinjuku, o al menos eso pone en mi GPS del móvil. Hay un *combini*, un supermercado, al que decido entrar a comprar algo para cenar esta noche. Es bastante grande y no hay mucha gente. Cuando entro, me quedo quieta dudando cuál será el primer pasillo que voy a recorrer. Por megafonía dicen algo que hace que mi razonamiento se desvincule del lenguaje. No sé lo que pone en los carteles, así que da igual por cuál empiece. Miro al chico joven que está en la caja, está mascando un chicle azul que le está dejando los labios verdosos. Es atractivo, quiero que sus manos rocen las mías cuando vaya a pagar.

Tomo el primer pasillo de la derecha y la cámara invisible me graba con las manos metidas en los bolsillos de mi gabardina, con el pelo por debajo de mi bufanda y mi cara sin gesto recorriendo todos los estantes. Hay cosas que no sé lo que son, ni siquiera mirando el dibujo de la caja. En la sección de

congelados veo que tienen algo parecido a las barritas de pescado que mi madre me hacía de pequeña. Cojo un par de paquetes.

Llego a la caja y el japonés ya ha tirado el chicle, solo le queda un pequeño tinte azulado en las comisuras de los labios. Me dice el precio de mi compra y yo estiro mi mano para dejar caer las monedas sobre su palma. Consigo que las yemas de mis dedos alcancen su piel. Me excita tanto que siento que mi pecho va a convertirse en una planta gigante que solo dejará de crecer si vuelve a rozarme.

...

Estoy en la cama de Denis viendo una película en su portátil. Quizá él, de alguna forma, planeó todo esto. Puede que quitase la contraseña de su ordenador a propósito para que yo pudiera ver esta película hoy, dos días después de suicidarse. A lo mejor todo esto es para darme algún tipo de lección. No, eso solo pasa en la ficción. Continúo viendo la peli. No me está enganchando. Pausa. ¿Qué voy a hacer yo con tus muebles? Si los miro y veo lo desierto que tengo mi corazón sin ti. Cojo mi libreta:

*Nadie habla de la agonía de dormir
y despertarse
y que siga siendo el mismo día.
Nadie habla.*

*Nadie habla de la necesidad de huir.
Nadie habla.*

*Lo peor de todo
es que el frío huele igual
en todas las partes del mundo.*

*Viajas a Copenhague y la nieve te sabe igual.
Y piensas: Joder, me he ido todo lo lejos que mi cartera*

*me ha permitido
y no cesan las ganas de huir.
Y la tierra se te queda pequeña.
Y piensas: Qué mundo más triste
ahora que David Bowie no está.
Y entonces el suicidio sí que se convierte en una opción.*

*Pero no hablemos del suicidio,
que nadie empatiza con la muerte de uno mismo.
Que es demasiado fuerte.
¿Cómo se leería esto si el suicidio
nunca hubiera sido pecado?*

*La gente pensará que te quieres suicidar
porque David Bowie se ha muerto.
Y piensas.
Y piensas.
Y piensas.
Y llegas a la conclusión de que es mejor que piensen eso.
Qué bonito es Copenhague.*

Carta a una madre ficticia. Lo miro con pena. Cierro los ojos.

Denis me habló de un japonés con el que estuvo saliendo unos meses. Le llamaba «el amante japonés». Hubo una carta que leí tantas veces que acabé por aprendérmela de memoria y en ella explicaba que había sido como si un ángel cayese del cielo expresamente para sanar sus carencias. Le envidié porque yo no tenía ningún ángel en mi vida que sanase nada. Pero él contaba que le iba a dar una oportunidad a la palabra *placer*, que sabía que ese amante japonés iba a conseguir que por fin no existiera la culpa que asociábamos a esa palabra.

Imposible que mi cabeza, acostumbrada a los lexatines, se acuerde del nombre del amante. Pero en esa carta especificaba que para ir a verle a su

apartamento pasaba siempre por el cruce de Shibuya. Recuerdo su ternura al hablar de aquel chico. Sí, y lo dolorosa que fue la ruptura. Denis le dejó miles de e-mails explicándole el resto de las relaciones que podían mantener que no fueran amorosas: amigos, compañeros, íntimos, amigos que se ven poco pero que cuando se ven es como si no hubiera pasado el tiempo, etcétera.

No me había dado cuenta, pero detrás de la puerta, al lado del armario, hay restos de siempre vivas blancas. No me puedo creer que no lo hubiera visto antes. Me levanto de la cama, me agacho para tocar las hojas caídas. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

Lloro.

Lloro.

Lloro.

Lloro.

Lloro.

Lloro.

Lloro.

Lloro.

Lloro.

Lloro.

Lloro.

Lloro.

Lloro.

Lloro.

Lloro.

Lloro.

Lloro.

Lloro.

Lloro.

Lloro.

Lloro.

Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

Llega a casa el chico rubio.

Me recompongo como puedo y me seco las lágrimas. Hay que joderse, he tenido todo el día para llorar y lo tengo que hacer ahora. Salgo de la habitación y saludo.

—Hola, voy a hacerme algo de comer, ¿quieres?

—No, gracias.

Pero me quedo en la cocina con él, en silencio, viendo cómo se prepara algo, en ese tipo de silencio que puede ser similar al que viene después de una explosión, ese silencio lleno de humo, de muerte y de toxicidad. Se gira bruscamente y me dice:

—¿Por qué crees que se mató? Es algo que no puedo entender, aquí estaba bien, tenía su trabajo, sus cosas, no tenía muchos amigos, pero no le importaba porque te tenía a ti y me tenía a mí. Y, ¿por qué coño no era yo su persona de contacto? Vivíamos en la misma casa y prefiere que te avisen a ti, que vives en Dinamarca. Manda cojones con Denis.

Mi cámara graba mi silencio y los pequeños gestos que hago con mis cejas. Involuntarios, naturales y serios.

Me levanto y lo abrazo como si en un pasado muy muy muy lejano, en un punto remoto e inexplorado del espacio, nuestros dobles se hubieran conocido. Previamente paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

Se pone a llorar y pienso que si llega a venir diez minutos antes habríamos

llorado los dos.

Le digo lo mismo que le dije a mi primo Diego al oído en el *flashback* de la boda y él me mira desconcertado. Le sostengo la mirada con cara bastante neutra, comparable a la de mi madre cuando vio la escena aquella. Él se aparta pensativo y continúa cocinando. Bajo la mirada y vuelvo al cuarto de Denis. Continúo con la película.

Es verdad, Denis, ¿por qué te has matado? He llegado a Japón y desde que me dieron la noticia he preferido centrarme en asumir que estás muerto y en darte la razón por decidir estarlo, sin plantearme los motivos. He ido a reconocer tu cadáver y he dado por hecho, en todo momento, que era algo razonable que te hubieras tomado todo ese cóctel de lexatines. He asumido que, si tú lo habías decidido y no habías compartido el porqué, era algo lícito y respetable. Al menos así quiero creerlo. Prefiero eso a pensar que se te fue de las manos y no se te pasaba el dolor de cabeza.

V

Tu cabeza se volvió en la dirección equivocada.

Las partes sanas de mi corazón están del otro lado.

Eran sencillas y bonitas, las luces de las ciudades que prometías llevarme a ver. Y no puedo negar que ha habido veces en que he querido que me odieras y que me dejaras tirado en un suelo duro.

Ha habido veces en que he llorado en tu coche y habría preferido tirarme en marcha antes que seguir sintiéndome amado a medias.

Pero tú me conocías y siempre dejabas el seguro puesto para que mi puerta no se abriera y mi cuerpo no chocase violentamente contra el suelo.

Sabías que yo prefiero la muerte antes que muchas cosas y te creíste que prefiero la muerte antes que a ti.

Y tenías razón la noche en que, en la ducha, y con un tropel de gotas cayéndonos encima, me dijiste que yo no sabía querer. Pero tú nunca has sabido quererme a mí. Y aunque mis piernas se mueren por que las tuyas las sigan, no pueden ni saben hacer otra cosa que gritarte: «No te atrevas a alcanzarme».

Mi cuerpo, vestido frente al espejo, me pregunta qué trozo de mi piel es el que no te gusta. Mis dedos no pueden ser, porque cada vez que los estiro para que alcancen tu mano tú los recibes con caricias y me haces ver que tus manos todavía son mías.

Ahora me dedico a salvar la vida de los insectos que mueren en piscinas. Porque en eso me he convertido, en un insecto que se cayó en una piscina pensando que era el mar y que al menos no vería el fondo cuando se ahogara.

Me encuentro este escrito entre las páginas de *Hiroshima, mon amour*. He decidido empezar a leerlo desde donde él lo dejó.

No tengo ni puta idea de quién es el «tú» de ese poema o lo que sea. Quizá sea el amante japonés. Me siento como me sentía cuando estaba en el colegio e insultaban a mi hermana.

Han llegado los amigos de Denis y del chico rubio. Salgo a saludar y me encuentro a tres chicos y dos chicas que me miran con cara de pena. Cierro los ojos y me despido. No me apetece nada tener que presentarme y que me

pregunten cosas solo por curiosidad. Y menos aún hablar de Denis hasta las mil de la madrugada e incluso llorar en ciertos momentos de la conversación. Vuelvo a mi cuarto, me visto y me excuso diciendo que me apetece ver Tokio de noche. El chico rubio me mira extrañado y me da las llaves de su coche, por si acaso.

Llego al garaje, sola, sin pedir ayuda; la orientación es uno de mis fuertes. Me meto en el coche. Pongo el CD de Denis y arranco.

La canción que suena me invade, poco a poco, como me invade la pena, al mismo ritmo.

Ay, Denis.

Mientras lloro y canto, cuento la de veces que he pensado en acabar con mi vida. Y en la de veces que Denis y yo hemos hablado de ello, de que nuestra pulsión siempre ha estado rozando la muerte, no había pulsión de vida aparente o no creíamos interesante percatarnos de que la teníamos y justo eso era lo que nos mantenía con vida. Nuestros límites siempre han sido enfermizos, nuestro entorno siempre ha sido enfermizo. Y yo me pregunto, llorando y cantando: ¿dónde coño están mis límites?

Aparco como puedo en un sitio en el que no sé si se puede aparcar porque no entiendo las señales, pero me bajo a comprar algo de comer y algo de beber. Rebusco en mi bolso y encuentro mi tabaco. Veo que al final de la calle hay gente fumando, me acerco y sin mirar a nadie me enciendo un cigarrillo. En Tokio hay muy pocos sitios en los que se pueda fumar. Me he abrigado poco y tengo mucho frío.

...

Vuelvo a casa de Denis, ya no aguanto más dando vueltas por la calle. Espero que ya se hayan ido los invitados. No, mierda, aquí siguen. Bueno, he comprado alcohol.

Me siento profundamente sola. Me miro al espejo con pena. Cierro los

ojos. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Me pongo el pijama y decido comportarme como una adulta y asumir que ha llegado el momento de ordenar y de pensar qué hacer con las cosas de Denis.

Facturas y papeles en japonés. Facturas y papeles en inglés. Cosas de su trabajo. Cosas personales. Más escritos como el de antes. ¿A quién coño se los dirigías, Denis? Fotos. Recuerdos. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. He encontrado tres CD más, con una nota que pone: ADA.

Ay, Denis.

La cámara graba lo que sería otro *flashback*, esta vez un chico y una chica jóvenes, muy jóvenes (Denis y yo), bailando borrachos en mitad de una pista de baile. No recuerdo cuál. Quizá hasta metidos de coca. O de lextatines con ginebra. Están bailando *Papa Don't Preach*, de Madonna. La escena podría pertenecer a una película de Xavier Dolan. Él lleva una americana de lentejuelas azul y ella un vestido morado. Ambos piensan, muy en el fondo de sus entrañas drogadas, cómo les van a decir a sus padres que son homosexuales.

Vuelvo a la realidad y aparto los CD, los pongo junto a las dos cajas de lextatín que encontré nada más llegar a la casa. Los aparto para que no se me olvide meterlos en la maleta. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

Oigo la puerta. Entiendo que ya se han ido. Miro el reloj y veo que es la una de la madrugada. Salgo del cuarto y el chico rubio me ofrece una cerveza. La acepto y nos sentamos en los cojines del salón, en el suelo, porque aquí la vida se hace en el suelo. De la tierra venimos y en tierra nos convertimos. Qué estará haciendo Nadine ahora. Estará con *Clara* en el salón de nuestra casa. Viendo la tele. O no sé, porque ya no sé qué hora es en Dinamarca.

Me fijo en la cara del chico rubio, que me está contando anécdotas de

Denis. Tiene la cara muy angulosa y no es un chico guapo. En realidad, es el tipo de chico que le gustaría a Denis. Estos días estoy viviendo su vida. Me siento sola y aparece en mi cabeza *I Can't Get No Satisfaction*, de los Rolling Stones. *I Can't Get No Satisfaction. I Can't Get No Satisfaction. I Can't Get No Satisfaction.* Le digo que espere un momento, que tengo que ir a la habitación a por algo. Me tomo un lexatín y vuelvo. Sigue contándome sus anécdotas y su vida y yo sigo pensando que la palabra *placer* para mí no existe sin la palabra *culpa*. Me han arrancado la capacidad de disfrutar. Es algo tan ajeno a mí que culpo a mi padre por no haberme tratado como a mis hermanas. Digo en voz alta la frase que le susurré a mi primo al oído y el chico rubio viene hacia mi sillón. Le doy un trago largo a mi cerveza y rezo para que el lexatín y el alcohol hagan efecto en mi estómago y se vayan la soledad y la pena. El chico rubio ya está encima de mí, besándome. Huele y sabe a alcohol. Yo igual.

...

*Delante de una montaña rusa en Italia,
me preguntó si yo coleccionaba algo.
A mí se me cerró la boca
y pensé en la culpa que coleccionaba cuando era pequeña.
Después me volví
para mirar si su boca también se había cerrado.
Comprobé que sí
al intentar abrir la mía con sus dedos.*

*Delante de un fotomatón en Madrid,
espero impaciente a que vuelva a salir esa pregunta
de los labios de algún otro borracho.*

*A mí ya no se me cierra la boca
y desde Italia colecciono rostros que no me dicen nada.*

*En Venecia, y agarrada fuerte a mi madre,
descubrí que la gente en los trenes no tiene prisa
y que no es necesario reflejarse en todos los espejos,
que puedes dejar que la vida pase por ti
como las balas pasan por el cuerpo de un soldado.*

*Delante de un tio vivo en Italia
me preguntó si quería probar la dulzura de los campos.
A mí se me oscureció la culpa
y entre mis piernas nacieron raíces que se quedaron allí.*

Escribo en mi libreta, a las cuatro de la mañana, en la cama del chico rubio. Está dormido. Termino, cierro el cuaderno y me voy a la habitación que me corresponde. Desnuda (como lo estaba Chieko en la peli de *Babel*), me fumo un cigarrillo en la ventana, con los cascos puestos escuchando esta vez una canción francesa que se llama *Les moulins de mon coeur*, cantada por Kathleen Fortin. La cámara me está grabando desde la ventana de enfrente, con los cascos, desnuda y fumando. Cantando la canción en un susurro y en *off* la canción muy alta.

•••

*Si te hubieras ido a Hiroshima,
no me habría importado perderte.
Si te hubieras ido a Hiroshima,
hablaríamos del amor de otra forma,
y yo sabría dónde buscarte.*

Escribo esto en mi libreta mientras leo *Hiroshima, mon amour*. A las seis

de la mañana, en la cama de Denis, desnuda como lo estaba antes en la ventana. Es invierno en Japón y el chico rubio no tiene calefacción, pero yo duermo desnuda y con la ventana abierta. Para que me duela la piel. Como los niños que sienten tanta rabia que necesitan que los castiguen severamente, porque creen que así aliviarán el odio que tienen por sí mismos. Yo siento tanta rabia que necesito que Japón me castigue severamente.

Oigo que el chico rubio se ha levantado. Finjo que estoy dormida por si decide entrar en el cuarto de Denis.

Efectivamente, entra. Cierra la ventana y me tapa con el edredón, no se atreve a tocarme mucho más. Me coge un cigarrillo y se lo fuma sentado en el borde del colchón. La cámara está grabando un plano general de la cama donde se puede ver mi cuerpo girado hacia la pared, tapado por el edredón, y el cuerpo del chico rubio sentado en el borde, a mis pies, fumando, con la cabeza mirando hacia el suelo. Todo tiene un tono azulado.

VI

Abro los ojos, me incorporo y me doy cuenta de que es de día, que el chico rubio ya no está sentado en la cama y que sigo tapada y con la ventana cerrada. Deduzco que me quedé dormida. Miro el móvil. Las once de la mañana. Tres mensajes de Nadine:

Cómo estás.

Te echo de menos.

Clara también.

En danés.

Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

Me siento, en general, tremendamente sola y pienso que en Tokio ya no me salva nadie.

Salgo, vestida, a la cocina. Me muero de hambre. Estoy sola, el chico rubio debe de estar trabajando. Me hago el desayuno mientras miro por los ventanales del salón. Estoy atrapada en *Lost in Translation*. El chico rubio podría ser Bill Murray, pero menos platónico.

Denis sigue en el depósito hasta el día 18. Solo. Me ducho y me visto. Voy a ver a Denis.

Saco el papel donde me apunté la dirección de la empresa de alquiler de coches que me dio el chico rubio, no está lejos de aquí. Cuando llego, un japonés que no me mira a los ojos me tramita las cosas, yo le doy mis permisos, mis licencias y él deja caer sobre mis manos unas llaves. Encuentro

el coche, lo abro, me siento e intento recordar cómo llegué el otro día hasta el hospital.

Paso por Shibuya. Recuerdo al amante de Denis que vivía allí cerca. ¿Se habrá enterado de su muerte?

Llego al hospital y le cuento a la persona de recepción, en inglés, que busco a un enfermero cuyo paciente se llamaba Denis. Esa persona, que me recuerda perfectamente de la otra vez, me manda a la sala de espera de nuevo. Allí hay una mujer de mi edad, con un bebé en los brazos. Tiene un gesto triste. La miro con pena y ella cierra los ojos. Siento una gran conexión con ella y con su bebé. Creo que está triste porque está sola, y porque seguramente no quería ser madre. Pero se dio cuenta demasiado tarde y ya no había elección, no sabe lo que significa la palabra *elección*, no ha tenido de eso nunca. Me pregunto cómo será su madre. Me imagino a la mía si yo me quedase embarazada; creo que no podría soportar que hubiera otra madre aparte de ella.

Me río sola en la sala de espera mientras mi cabeza pasa por diferentes situaciones que podrían darse, pasa por la remota posibilidad de que ayer me hubiera quedado embarazada del chico rubio. El relato daría un giro de 180 grados y todos nos olvidaríamos de Denis hasta el final, cuando naciera el niño y el chico rubio y yo decidiéramos llamarlo Denis. Mi cabeza se imagina la cámara invisible filmando el momento en que le tuviera que explicar al farmacéutico japonés que necesito un test de embarazo. Graba mi cara al ver que es positivo y graba la cara del chico rubio mientras le digo que vamos a estar unidos de por vida por un pequeño ser que crecerá con una abuela como mi madre. Todo esto con una música agónica como la de la película *Requiem for a Dream*.

Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

Aquí está mi enfermero. Le tengo cariño. Le pido (le ruego) que me lleve al depósito, si no le importa. Me dice que no está permitido, yo le imploro y

le digo que he hecho un viaje muy largo, que puedo pagarle, si quiere, pero que tiene que entender que necesito ir a ver a mi amigo muerto. Va a hacer una excepción. Me lleva con él. Me vibra el móvil. Es el chico rubio:

—¿Dónde estás, comemos juntos y hablamos?

Llego al depósito, estoy al lado del cuerpo desnudo y frío de Denis. Muy amablemente me da una mascarilla. Denis ya no huele a vida. El enfermero me dice que no esté mucho tiempo y le digo que me deje quince minutos. Le suplico, de nuevo. Acepta. Le sugiero que me espere fuera, pone cara de «menuda pesada la europea» y sale.

—Denis, tranquilo, todo está bien. Es tu decisión y yo la respeto, te quiero con la misma intensidad con la que me odio a mí misma. Anoche me acosté con tu compañero de piso, el chico rubio. Y me habría acostado también con el que me vendió pescado congelado en Shinjuku. He perdido tanto tiempo buscándome entre lo que me han impuesto vivir y lo que yo he elegido que he perdido el contacto con lo que me hacía feliz. No consigo sentir placer y no sé a quién tengo que culpar, quizá a mí misma, por eso me castigo cometiendo errores en mi vida. Me castigo y quiero que me castiguen. Porque ahí sí que consigo sentir algo. No sé si te acuerdas de la frase que me escribiste en mi mesa del colegio. Era una frase de Lorca que susurrabas como si fuera una canción pegadiza. *En las anémonas del ofertorio te encontraré, ¡corazón mío!* Ahora estoy en Tokio por ti, Denis. Porque creo que voy a encontrarte. Necesito seguirte y necesito saber que hay un vínculo invisible que nos tiene pegados como siameses. Te dejaste la cama sin hacer porque sabías que yo dormiría ahí dos días después.

Le toco la cara y juego a hacer círculos alrededor del lunar que tiene en la mejilla. A los chicos les gustaba besar ese lunar. Algunos le hacían poemas. Incluso canciones. Quizá el amante japonés le dedicó algo a su lunar. Una carta, un e-mail, un whatsapp, un audio, un tweet, una foto con texto de Facebook. No sé, algo. O quizá se limitaba a besarlo.

Cuando éramos pequeños, su tía Rosa decía que mi lunar del vientre y el

lunar de la cara de Denis eran el mismo, que habían surgido del mismo sitio. Como la Luna, que formó parte de la Tierra antes de separarse y girar alrededor de ella. Y que por eso estábamos tan unidos.

*La Luna, que es Tierra,
orbita a su alrededor.
Espera conseguir llegar a ella de nuevo.
Todo lo que conocemos gira alrededor de algo.
Es la mecánica de la vida:
un núcleo
y elementos que rotan en torno.*

Escribo eso en mi libreta, que he apoyado en el borde de la camilla donde yace Denis sin vida. Lo titulo: *Denis y Ada*.

—Denis, ¿te mataste porque tú tampoco disfrutaste de nada en tu vida? Necesito que vuelvas de donde coño estés. Ojalá volvieras esta noche. Te invitaría a un sake japonés de ese que tenéis en la nevera y te demostraría que hay otros mundos y otras realidades donde se trata peor a la gente. Joder, daría los mejores años de mi vida por que se te hinchara otra vez el pecho. Y por que te giraras ahora mismo y me dijeras: Estoy helado, me muero por un caldo.

Cojo la mano derecha de Denis y paso todas las yemas de mis dedos por la yema de su pulgar derecho. Como si él también contara algo.

Viene el enfermero. Me mira con pena y cierro los ojos con rabia. Basta de caras de pena. Nadie es lo suficientemente miserable para que se le deba dedicar esa maldita cara.

Guarda el cuerpo sin vida de Denis y me lleva hasta la puerta del hospital. Le miro a los ojos y él agacha la cabeza.

•••

Dejo el coche de alquiler en el parking de Shibuya y me meto en todo el mogollón de gente cruzando. Mientras la cámara invisible me graba, de fondo suena *New Error*, de Moderat. En realidad, lo que me gustaría que grabara es cómo una chica de pelo largo, llamada Ada, empieza a bailar descontroladamente, llevando al límite todos los movimientos hasta hacerse daño en los músculos, como baila Lorde en sus conciertos.

Voy caminando por la calle y miro los portales que me rodean. ¿En cuál de ellos vivirá el amante japonés de Denis? Saco mi móvil y fotografío los portales. Me encantaría cruzarme con él y reconocerlo porque llevase algo muy significativo de Denis, por ejemplo, la gorra que trajo la última vez que coincidimos en Madrid o la camiseta de propaganda de la floristería de su tía. Juro que correría hacia él y le pediría, en todos los idiomas que sé, que me enseñara Tokio, que me dejase estar con él, pero tengo las mismas posibilidades de que eso ocurra que de sufrir un accidente de avión en mi vida. No puedo soportar la idea de que este chico algún día quiera y decida que Denis es el hombre de su vida y se entere de que está, para siempre, helado en algún punto de la tierra del cementerio norrecuerdoelnombre.

Mierda, se me había olvidado que le dije al chico rubio que sí comíamos juntos. Mierda.

Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

Echo a correr por las calles de Tokio, como si fuera a saber llegar adonde hemos quedado solo por ir deprisa y no dejar a mi mente reaccionar. Pero, obviamente, tengo que poner el GPS en el móvil e ir mirándolo mientras camino.

Llego al sitio y allí está el chico rubio, sentado al borde de un banco, fumando y mirando hacia el suelo. Como la escena de anoche en la habitación de Denis.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? He ido al hospital a ver a Denis, que sigue en el depósito.

—Anoche estaba borracho y muy triste. Lo echo de menos todo el rato y en todos los sitios, en casa, en el teléfono...

Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

Su cabeza es tan incapaz de entender lo de anoche que me atosiga a preguntas sobre Nadine. De dónde es. Cómo es su familia. Cuándo nos conocimos. Si sabe español. Si yo sé danés. Si llevamos mucho viviendo juntas. Si la quiero. Si la quiero. Si la quiero. No soporto su actitud paternalista, tiene que hacerse cargo de mis decisiones y de mi vida para sentirse mejor y calmar su conciencia.

Le tranquilizo diciéndole que de lo de ayer, con respecto a Nadine, él tiene que desentenderse. No es asunto suyo. También le digo que seguramente quiera repetirlo. Lo que no le cuento es que hace tiempo que dejé de ser una persona para convertirme en un gran cúmulo de carencias con piernas. Tampoco le doy los motivos, porque aún estoy buscándolos. Busco desde que mi madre me echó de su tripa, antes de tiempo.

Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Él entra a trabajar. Yo me voy a casa pensando en el amante japonés de Denis.

VII

Ella gritará como un pájaro

... and she'll cry out like a bird and become so beautiful,
so desirable in the total dark that I'll begin to cry.

The Turning,

TIM WINTON

*Tan bella como la mujer que se olvida de su edad,
porque no la encuentra en ninguna parte de su cuerpo.
Aunque la recuerden sus huesos,
pero como quien recuerda lo que una vez fue olvido.
O como quien recuerda que una vez se perdió
por confiar en que debía perderse.*

*Tan bella que se pondrán a llorar las cosas.
Porque no recordará que una vez se ahogó en un río
y se convirtió en una ahogada para alguien.*

*Tan bella que su vida le preguntará
por qué su sangre no se queda tranquila.*

*Antígona de mi vida,
te volverás tan bella
que todo el mundo llorará.
Llorarán tan fuerte que saldrás de debajo de la tierra*

y lucharás por los cuerpos que se quedan en el mar.

Lucharás por los que huyen.

Y por los que creen que sus hermanos están vivos.

Sal, Antígona, sal

y desala la mar para que entendamos cómo luchabas tú.

Tirada en tu propia cama pienso en ti. En cuando venías a salvarme de mi padre o cuando venías a salvarme en general. De mí misma. En España, en Dinamarca.

Si me lo hubieras dicho, Denis, habría venido a Tokio a por ti. A salvarte. O a ayudarte a solucionar tus problemas. O a drogarme contigo. O a matarme contigo.

Anoche, antes de dormir escuché la canción *Nightcall*, la versión de London Grammar. Estaba en el CD que me mandaste a Dinamarca. Y he llorado tanto que ahora tengo glaciares en las puntas de mis pestañas.

Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

Salgo a la calle en pijama, aunque con el abrigo y con el gorro puestos. Hace un frío que me encantaría disfrutar desnuda, pero me adapto a los códigos sociales. Estoy en el portal fumando y viendo cómo la gente hace su vida. Algunos salen de trabajar ahora. Otros van. Otros se quedan en la calle toda la noche. A nadie le importa lo que hace el otro. Y eso, de vez en cuando, no está mal. En Copenhague todo el mundo se preocupa por todo. A veces se agradece porque te hacen pertenecer a algo, te hacen sentir que hay un lugar en el mundo para ti. Pero cuando necesitas espacio, salir y fumar en la calle, pararte y llorar y que nadie te pregunte el porqué, para eso lo mejor es una ciudad como Tokio.

Distingo al chico rubio entre la multitud. Viene mirando hacia el suelo, su cuerpo anda cansado. Le ofrezco un cigarrillo fuera, al frío. Me explica que hoy ha tenido un día complicado en el restaurante y que le ha gustado comer conmigo. Mañana quiere ir a ver a Denis al depósito. Yo pienso en la cara

que va a poner el enfermero japonés cuando me vea otro día más en la sala de espera y en cómo voy a convencerlo para que nos lleve a ver a Denis. Aun así, lo miro y le digo que vale, que mañana vamos.

—Vale, mañana vamos.

Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

—Quedan seis días para el funeral. Leerás, ¿no?

—No.

Subimos al apartamento, me siento en el suelo de la habitación de Denis y empiezo a mirar lo que ya tengo ordenado: las facturas, los escritos, las cosas que voy a tirar. Lo dejo todo un poco patas arriba y me levanto al notar cómo un montón de pensamientos autodestructivos empiezan a aparecer ante mis ojos. Me tomo un lexatín con la esperanza de que haga efecto antes de que mi cabeza explote y voy hacia el sofá donde está sentado el chico rubio. Espero que, con alguien delante, mi corazón se tranquilice. Él me mira desde la otra punta del sofá con cara de neutralidad absoluta. Como la de mi madre en el *flashback* de la boda.

Poco a poco me voy acercando a él hasta que poso mi cuerpo encima del suyo, notando cómo mis caderas se clavan en las suyas. Y cómo el resto de mis huesos van encajando con los suyos. Su carne, mi carne.

Mis labios se juntan con fuerza contra los suyos, besar es otra cosa. Follamos en el sofá y ambos estamos pensando en Denis. Lloramos, pero no nos preguntamos por qué, ni nos sentimos culpables. Lloramos y follamos. La cámara invisible filma la escena de sexo con la canción de Barbara Lewis *Hello Stranger*. Los planos que la cámara graba son, la mayoría, detalles o planos medios. Alguno general para contextualizar, pero las lágrimas que nos caen por el cuerpo son el elemento estrella de esta secuencia.

...

Me levanto a las cuatro de la mañana otra vez. Vuelvo a estar desnuda, pero ahora la habitación es la del chico rubio. No voy a leer en el funeral. Juro que no será como en las típicas historias en las que, al final del relato, la protagonista acaba dando un discurso megasentimentaloide. Me levanto sin despertarlo, aunque podría hundirse Asia entera que él no cambiaría de postura. Me voy a la cama de Denis. Cojo un lexatín y, mientras lo tengo en la lengua, me digo a mí misma: Por ti; te mereces un lexatín por sentirte terriblemente sola.

Espero un rato. Intento dormirme. Cambio de postura cada cinco minutos. Me pongo los cascos. Miro el móvil. Escribo a Nadine. Le digo cosas en danés. Le digo cosas en español. Me desahogo con ella. Y acabo escribiéndole que no se muera nunca. Intento dormir. No hay manera. Decido levantarme y buscar entre los cuadernos y notas alguna pista del amante japonés.

Reviso las fotos que he hecho a los portales. Se lo mando a Denis por whatsapp para quedarme tranquila. Porque si estuviera vivo lo haría.

Shibuya es como un agujero negro del espacio. Tiene la energía de tanta gente que es imposible que tu cuerpo no se sienta atraído por su centro. Cuando algo se acerca a un agujero negro, puede que este lo expulse a miles de años luz y con una violencia que hace temblar al resto de órbitas. Shibuya es así, si te acercas mucho a su centro, quizá puedas salir disparado con la misma violencia con la que colisionó el meteorito en la Tierra, arrancando el trozo que se convirtió en la Luna, condenado a girar alrededor. Quizá si te acercas mucho a Shibuya te conviertes en Luna, en una luna de algún libro de Murakami, y estés condenado a girar alrededor de Shibuya, de Tokio, de Japón, de Denis. O quizá, simplemente, te trague la Tierra hasta que llegues a su núcleo.

El cuaderno más reciente que Denis tiene en su cuarto está fechado en enero de 2014, no está acabado y se repite un nombre: Hiro.

No me acuerdo de si alguna vez me habló del amante japonés como Hiro,

pero tiene que ser él. Lo que pone en el cuaderno y lo que me contaba a mí en las cartas coincide.

Denis tenía la misma sensibilidad que las plantas. No se quejaba si se marchitaba, dependía tanto de los demás que se dejaba morir. Yo jamás he sabido cuidar de una planta, ni siquiera de un cactus. Supongo que estoy tan centrada en mí misma que me cuesta dedicarle tiempo y cuidado a algo que no se queja, que no te recuerda que está ahí, que simplemente espera algo de ti y, si no lo obtiene, se va muriendo lentamente. Comienzo a leer el diario de Denis.

...

Tokio, enero de 2014

Tus ojos, aún sigo soñando con tus ojos. Bonito mío, desde que te has ido a Osaka mi cama no es la misma. Vuelve ya o te secuestro sin pedir rescate.

Tokio, Hanami 2014

He estado haciendo un pícnic con mi jefe, con mis compañeros. Si esto se hiciera en España la gente se burlaría, pensaría en segundas intenciones, favoritismos. Me alegro de no estar allí, de que ya no haya nada que me una a ese país.

Me ha encantado verte, mirarte desde la lejanía de tu mundo y el mío. Cuando me has sonreído, no he podido evitar reírme y mi jefe me ha preguntado por qué miraba siempre hacia la izquierda. Me habría encantado contarle que tengo un lucero que me mira y me mira al otro lado del cerezo, lo que daría yo por ir a besarte.

Me encanta esto de mirar hacia la izquierda y quererte con todo mi corazón.

Si hago camisetas con tu nombre, me detendrán, ¿no?

Tokio, junio 2014

Hemos hecho nuestro primer viaje juntos. Estábamos hartos de nuestra vida en Tokio, necesitábamos estar solos, sin nadie que nos mire o nos deje de mirar. Nikko ha sido nuestro lugar elegido. Qué manos tan frías tenías. Hemos visitado templos, nos hemos mirado de arriba abajo, hemos dejado estampitas de madera y hemos follado con tanto amor que yo ya no voy a poder dormir con nadie que no seas tú, nunca más, Hiro.

Me he reído tanto de la ignorancia de la gente, de la falta de comprensión y de la indiferencia. Cuando sentía que nos miraban como si estuviéramos maltratando al mundo

por besarnos, ardía en deseo de gritarles lo bien que se nos da amarnos. Qué cursi me pongo cuando pienso en estos maravillosos días de retiro en Nikko.

No te acabes nunca, mi amor.

Tokio, finales de julio 2014

Mi montaña favorita es Hiro. Mi árbol favorito es Hiro. Mi lugar de Tokio favorito es Hiro. He pensado en vender el piso de mi tía. Invertiría el dinero en viajar con Hiro por el mundo. Iríamos a ver a su familia. Me presentaría a sus padres y yo les haría reverencias con la cabeza. Yo le llevaría a Copenhague a ver a Ada. Tengo que escribirle, contarle que tengo al sol que más brilla en mi vida, que ya he encontrado la persona a quien querer para siempre. Ada, ¿sabes qué me dijo Hiro la primera vez que follamos? Que el placer que yo le daba acabaría con las guerras. Y yo me acordé de nuestra vida insatisfecha y todas mis vivencias sanaron. Me escocieron y se curaron, en una milésima de segundo.

Tokio, octubre de 2014

No puedo escribir lo que siento, he perdido mi habilidad para comunicarme con el papel. No me guardé ninguna fuerza en la recámara, no me esperaba tu abandono.

Tokio, principios de noviembre 2014

Hoy no he podido dormir, mi compañero de piso no está estos días. Estoy solo en casa y se me cae el techo al ritmo que florecerán los cerezos, no encuentro la postura en ningún rincón de este apartamento. Ojalá estuviéramos en marzo otra vez. Me has reventado la vida. Has secado el mar. Me he dado un baño y es que hasta la jodida agua me recuerda a ti. Joder, me vuelvo loco.

Hiro Hiro Hiro Hiro.

Me planteo volver a Madrid para volver a nacer y convertirme en otra persona. Vender flores y olvidarme de ti. Te busco.

¿Me gusta acercarme a los problemas porque me gusta la gente herida? No soy de verdad ni conmigo mismo. No soy claro con nadie. Siempre hay un fiel juez. Siempre hay un juicio.

Las sirenas nunca callan. Gritan lo que buscan. Mi grito atraviesa Tokio para llegar hasta la puerta de tu casa, ¿lo oyes, Hiro?

¿Cómo es posible el amor?

¿Cómo es posible la gravedad sin amor?

La ansiedad es pensarte sin pensar en futuro. La ansiedad empieza en los putos tiempos verbales que no puedo usar contigo. Que no soy capaz de usar conmigo. Tú eres el instrumento perfecto para justificar mi ansiedad. Pero el problema está en mí y en mi cabeza y en que no me queda mundo ya para huir de nuevo. Joder, ¿qué hago ahora?

Si tocan mi intimidad me desbordo, mi control se anula. No amo, yo qué sé si amé. Pero creo que a ti te quise con todo mi cuerpo. No sé hablar de amor y lo hago como puedo.

Hiro me dijo: El día que seamos capaces de llenar el corazón y la razón de cosas tangibles y reales, se acabarán las guerras.

Tokio, finales de noviembre de 2014

Me voy dando cuenta de lo equivocado que estaba creyendo que no me daba miedo la muerte.

Me bloqueo cuando hablo de amor y me obsesiona la Luna.

Te he vuelto a escribir, estaré en tu bandeja de entrada, te digo algo así como que conseguimos toda la intimidad que le falta a nuestro siglo, tú renuncias a ella y yo tanta intimidad no la quiero.

Tú y la enormidad.

En la cultura japonesa no existe la palabra *culpa*. Existe la palabra *vergüenza*, que expresa un sentimiento hacia otra persona. *Culpa* es puro egoísmo.

No sé quién soy ni adónde voy. Tampoco identifico mi dolor.

Los salmones nacen en lo alto de la montaña y descienden por el río para vivir en el mar. ¿He llegado yo al mar ya? ¿Sigo bajando por el río?

Los salmones, cuando sienten que van a morir, vuelven por el mismo río hasta la montaña donde nacieron, nadando a contracorriente. Cuando llegan, se dejan morir para alimentar las crías que nacen. ¿Estoy subiendo de nuevo a la montaña? Hiro, nada a mi lado.

Nikko, 28 y 29 de noviembre 2014. Mi Nikko sin ti.

Mientras viajo de nuevo a Nikko, me alegro de seguir vivo. Pensar en la Tierra y en toda la vida que ha albergado me hace sentirme seguro. Así me siento, seguro como si estuviera en el regazo de mi tía.

Estoy en Nikko, la ciudad está callada y a mí se me cae el alma a los pies porque, Hiro, tú me hablabas de amor.

El océano se desbordará mil veces en este país, pero yo sigo buscándote.

Lo que más oculto es lo que menos me duele.

Hay ambiciones que encuentro en mis esquinas y me deshago cada vez que las busco.

Mándame flores, por favor, mándame flores. Me pierdo buscando una salvación coherente con lo que tengo en mi cabeza, que ya me duele de tanto nombrarla. Sujétame, sujétame.

No encuentro el final de todo esto.

Las esperas de mi vida y cómo poder soportarlas.

Me siento seco, absolutamente seco.

Nikko fue el paisaje que descubrimos juntos, de la mano y sin importarnos.

Quizá, si esta noche estuvieras en este hotel de Nikko conmigo, de nuevo nuestros cuerpos desnudos se enfrentarían a las bombas atómicas que nunca hemos vivido, con tu mirada en mi vientre desnudo me hablarías de todos esos dioses que nunca has rezado y que nunca te han querido. Y yo esperarí a desnudo a que me dijeras: «Me das muchas ganas de amar», como le dijo Él a Ella en *Hiroshima, mon amour*.

Tokio, diciembre 2014

Que el metro me lleve por encima de las calles hace que me sienta ausente de ti.
A pesar de eso, te sigo buscando.

Finjo que te espero cuando salgo a fumar a la calle, en mis cinco minutos de descanso.
Miro calle arriba y calle abajo, te espero.
Te imagino en cada barrio, paseando, sacando al perro.
A ese perro al que odio porque acaricias más que a mí.

Cuando te busco, no llego a ver el cielo.

Me he hecho una camiseta con tu nombre, que me detengan si quieren. Es blanca y en el centro pone tu nombre en mayúscula, en negrita, y me ocupa todo el pecho: HIRO. Así.

Eres el único hombre que ha manejado con belleza mis emociones, que me ha hecho sentir que el mundo es nuestro. Tú, yo y el mundo. Incluso los que nos llamaron maricones. Incluso esos lloran porque ya no estamos juntos.

Tokio, fin de año 2014

Hoy he dejado de buscarte. Feliz año a todos.

•••

Cojo un bolígrafo de encima de la mesa y apunto en una hoja vacía de ese mismo cuaderno:

Todos queremos ser amados. Eso es lo único que queremos en la vida. Pero no me jodas y dime que no eres la Marga de Juan Ramón Jiménez.

Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

Me tumbo en la cama y me pongo los cascos. Me imagino a Denis cantándole a Hiro en todos los karaokes de todas las ciudades del mundo *Wild is the Wind*. Incluso en las ciudades en las que no saben lo que son los karaokes. Los veo en el cruce de Shibuya, a Denis y a Hiro, mirándose como se miraban Bill Murray y Scarlett Johansson en *Lost in Translation*. Y cantándose esa canción hasta quedarse sin voz.

Cierro los ojos y me duermo profundamente, por primera vez en mucho tiempo, con el pijama puesto y los cascos puestos.

VIII

Una vez vi un cortometraje de un señor que se creía que su pez (muerto en la pecera) le había contagiado todo el dolor del mundo. De hecho, el corto se llamaba *All the Pain in the World*. A Denis le encantó y siempre creí que le había gustado tanto porque se identificó con el señor. Aunque ahora, con él en el depósito, pienso que quizá se identificaba más con el pez. En su habitación tiene el póster del corto. Enmarcado.

Llevo despierta un rato esperando a que el chico rubio por fin se levante. Me he fumado dos cigarrillos, he ojeado el móvil tres veces. He escrito a Nadine. He encontrado el móvil de Denis, apagado. He llorado imaginando el mensaje que le escribí sin saber que estaba muerto: Te veo bailar con pegatinas en el culo; y luego imaginando las fotos de los portales que le mandé ayer. Me he duchado, me he vestido. Me he empezado a sentir mal. Me he vuelto a duchar, me he vuelto a vestir. Son las once y media de la mañana en Tokio y me subo por las paredes.

Estoy sentada en el sofá con el discman y los ojos cerrados. Suena *Modern Love*, de Bowie. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Y pienso en la probabilidad que hay de que yo me cruce con Hiro.

Me acerco a la habitación del chico rubio. Me quedo mirando un punto fijo hasta que mis ojos se acostumbran a la oscuridad y me meto en la cama con él. Sin tocarlo. Solo acurrucada a su lado. Después de mirarlo un rato, me levanto y vuelvo al quicio de la puerta. No sé cómo despertarlo evitando el contacto.

Vale, ya sé.

Cojo mi móvil de mi bolsillo. Pongo una alarma para dentro de dos minutos, subo el volumen al máximo y lo dejo en la mesilla. Vuelvo al salón a esperar y antes de que mis vaqueros rocen la tela del sofá suena un estridente sonido y escucho cómo el chico rubio ruge de enfado. Vuelvo a la habitación mientras digo en voz alta:

—Lo siento lo siento lo siento lo siento, me dejé anoche el móvil aquí y se me había olvidado que tenía una alarma puesta a las 12.02 de la mañana, buenos días.

He conseguido que el chico rubio vuelva a la vida. Me pregunta si he dormido con él y le digo que no. Me pregunta si quiero hacer algo especial, que tiene un par de días libres y me puede enseñar Tokio. Seguramente ya conozco Tokio mejor que él.

Cojo mi café frío y espero a que el chico rubio se haga su té mirando por la gran ventana que tiene en el salón. Después de un rato largo mirando cómo los coches van y vienen me acerco a él, que desayuna en la cocina, y le pregunto si sabe algo de un tal Hiro.

—Me suena que alguna vez habló de un tal Hiro. Pero Denis era un tío que no te hablaba de alguien así como así. No sé cómo lo hacía, pero siempre conseguía que acabase hablando el resto y al final nunca contaba lo que pensaba o sentía. Me refiero a hablar de verdad, porque sí que expresaba sus opiniones, y algunas con mucha pasión, pero era muy reservado para la verdad.

Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Yo estoy segura de que solo me habló a mí de él.

—Oye, Ada, no sé si lo recuerdas, pero ayer me dijiste que podríamos ir hoy al depósito a ver a Denis.

Mierda, se ha acordado. No sé cómo voy a explicarle al enfermero que vengo con compañía a ver a Denis. Pero bueno, le digo que sí, pero que se dé prisa.

...

El chico rubio va callado en el asiento de delante. He puesto uno de los CD que Denis tenía preparados para mí, la canción de *Pourquoi tu vis*, de Jeanette.

En España, esa canción se llamó *Por qué te vas*, y habla de una mujer que se pregunta por qué su marido le ha abandonado. En Francia, esta canción habla de un ser humano que se pregunta sobre su vida. Pienso en lo que nos hemos perdido convirtiéndola en una canción de amor más. Pienso en Denis. Me la ponía en bucle cuando fui a verle a París. Pienso en la época que pasó Denis en París. Pienso y pienso y pienso.

El chico rubio es el primero en salir del coche. Y la cámara invisible filma un primer plano de su cara aparentemente normal, pero que poco a poco, y a medida que se va acercando a la puerta del hospital, va volviéndose blanca, blanca como las paredes de la habitación de Denis.

Mi cara no está blanca, pero mi mente sí. No sé qué coño decirle al enfermero.

Llego a recepción y sonrío a la persona que está esperando a que le diga qué quiero. Apoyo mis codos en el mostrador y me rasco la frente con la mano izquierda mientras con la otra paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

Una vez más, nos manda a la sala de espera. Esta vez solo hay un adolescente japonés recostado sobre una silla, con el abrigo puesto y mirando el móvil.

Pienso en la sala de espera del centro de día al que me llevaba mi madre. Recuerdo el silencio que había entre ella y yo. El silencio de aquella época no es el mismo que el de ahora.

El chico rubio está muy nervioso y lo noto porque su pierna izquierda no para de moverse. De vez en cuando me mira y sus ojos se clavan en los míos y viajan hasta el interruptor de mi cerebro que activa la pena.

El enfermero me ve y pone los ojos en blanco. Yo juego mi papel de víctima: lo miro con la misma cara que puso mi madre cuando le dije que la única descendencia que le iba a dar mi cuerpo se llamaba *Clara*, tiene cuatro patas y hocico.

La cámara invisible está grabando cómo el enfermero se acerca y nos dice que esperemos media hora hasta que su turno acabe y, con cuidado y sin que mucha gente nos vea, podrá llevarnos hasta el depósito. No era lo que esperaba y se lo agradezco. Mis expectativas incluían una discusión entre nosotros tres, donde yo acababa arrodillada suplicándole que me volviese a llevar al depósito. En realidad, me alegra que haya sido así. El chico rubio y yo vamos al coche a fumarnos un cigarrillo mientras tanto.

Apoyo mi espalda, cubierta por un jersey de cuello alto sobre el lateral del coche. Sigo pensando en lo fácil que ha sido con el enfermero. El chico rubio está a mi lado y nuestros hombros se tocan, pero cada uno está prestando atención a sus pensamientos. Estamos solos. Me veo reflejada en un panel publicitario que tengo delante y me doy cuenta de lo largo que tengo el pelo. Me imagino que mi cabello son raíces que he dejado que creciesen, hasta tocar el suelo y volver a la tierra. Cuando viajas a la otra punta del mundo, la diferencia horaria es lo que te separa de tu vida real. En Tokio son casi las dos de la tarde, pero no sé cuál es la hora real de mi vida. A la gente que viaja mucho se le olvida cuál es el tiempo al que pertenecen. Cuando viajan en avión, la gente que consigue olvidar el miedo a la muerte puede disfrutar de no estar en ningún sitio por unas horas.

Volvemos a la sala sin salir de nuestro silencio.

Durante un tiempo, Denis y yo quisimos ser cirujanos. Queríamos saber tanto del cuerpo humano que pudiéramos reparar los órganos de forma creativa. Quisimos entregar nuestra vida, nuestro tiempo y nuestros miedos a la medicina, pasarnos horas en un hospital como este. Durante un tiempo nos moríamos por salvarle la vida a alguien, pero si se nos hubiera muerto un

paciente en el quirófano... Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

Por fin viene el enfermero vestido de calle. Está raro sin la ropa de trabajo. Me quito los cascos rápidamente y le doy un toquecito en el codo al chico rubio, que vuelve de sus más profundas entrañas (o las más superficiales) y se pone el abrigo con premura.

Seguimos al enfermero, que nos lleva hasta la puerta de la calle y gira a la derecha bordeando el hospital. La cámara graba nuestro recorrido con un *travelling* que recoge nuestros cuerpos enteros y, además, deja aire suficiente por encima de nuestras cabezas, lo justo para que quepa en el plano la fila de ventanas que recorre la pared.

Entramos al depósito por la puerta trasera. Es la puerta por donde sacan los cuerpos para montarlos en el coche fúnebre o en algún coche que los lleve a algún sitio. Veo cómo la cara del chico rubio está blanca. Le toco un poco el hombro dándole a entender que no se preocupe, que no es para tanto. El enfermero saca la camilla número 11, donde está Denis. El chico rubio no puede evitar cerrar los ojos. Por pena.

El enfermero me hace un gesto con la cabeza como diciéndome que esperará fuera. Yo toco la cara de Denis, acariciándole el lunar como si estuviera dormido, y le digo al chico rubio que lo voy a esperar fuera yo también.

La cámara filma un plano precioso del exterior: se nos ve al enfermero y a mí, uno a cada lado de la puerta trasera. Yo llevo los cascos y él simplemente apoya su espalda en la pared. Nos separan la puerta y miles y miles y miles de kilómetros, de horas, de universos. Ni aunque nos rozásemos estaríamos cerca.

...

Llevo un par de días pensando en mi hermana mayor. En su pelo, tan distinto

del mío. En su boca, tan perfecta. En su cuerpo, en su piel morena, en sus ojos verdes, en sus labios finos. En su mente, sin ningún tipo de inquietud, de pasión, de coherencia. Pienso en sus desprecios. Pienso en los míos. Pienso en el día en que mi hermana le confiese a la familia que es estéril y me quite el puesto número uno en el *ranking* de decepciones de mi madre. En mi cuerpo sí hay lugar para la culpa, pero en el suyo no. Pienso en su carrera de abogada, que nunca acabó, y en su carrera de organizadora de eventos, que sí acabo. Pienso en mi vida y pienso en la suya. Ella no me ha escrito para darme el pésame, porque tampoco hay que bucear mucho en sus preocupaciones para darse cuenta de que Denis se la traía sin cuidado. Llegué para quitarle el título de hija única y ahora hemos aprendido a prescindir la una de la otra. Cumplimos con nuestro deber de familia. Pero el resto lo hemos perdido.

Pienso que la quiero. Que se lo pondré fácil mil veces más para que ella se corone como la hija número uno en el *ranking* de hijas de mi madre.

Me tomo un lexatín aprovechando el poquito de agua que me queda en la botella que llevo en el bolso y le digo al enfermero que voy a ir a por el coche.

Cuando vuelvo, veo que el chico rubio está esperando fuera.

—Ada, el enfermero me ha pedido que le acerquemos a Shibuya, por el favor que nos ha hecho. Aquí no te hacen ningún favor sin que luego no les des algo a cambio. Esto no es Dinamarca. Me ha dicho que se está jugando su puesto de trabajo, hay que llevarlo.

La escena es la siguiente: el chico rubio en el asiento de delante, yo conduciendo y el enfermero japonés detrás, hablando por el móvil con alguien, muy alto. Pero su voz es agradable. No me molesta.

Estamos cerquísima de Shibuya y el japonés le dice al chico rubio que su casa está pasando el cruce. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

¿Te imaginas que el enfermero japonés es Hiro y por eso tiene tantas

concesiones conmigo? Me digo a mí misma.

Nos paramos en el cruce y me vuelvo para mirar al enfermero descaradamente, antes de que se baje del coche. Él también me mira. Me fijo en su cara y en sus ojos. Sé que no es él, la probabilidad de que sea es minúscula. Pero, si fuera él, entendería que Denis se hubiera matado porque su única oportunidad de estar cerca de Hiro sería estar en el depósito.

Pasamos el cruce y me fijo en el portal en el que vive. A ese no le hice una foto el otro día.

Continúo conduciendo y empiezo a sentir que el lexatín me ha relajado. Bajo un poco la ventanilla. El frío es lo más real que siento. El chico rubio se ha dormido. Pienso en Denis y no me produce tristeza.

*Esta noche he visto estrellas en el cielo de Tokio
y he pensado
que mi zona de confort
tiene más agujeros que la capa de ozono.*

Esos versos me rondan la cabeza durante todo el camino. Aparco en la plaza del chico rubio, le despierto y le propongo tomar un café. Me dice que prefiere subir a casa y comer algo.

Entramos en el piso y, entre nosotros, silencio. Yo estoy tranquila porque mi cerebro va cantando los versos anteriores. Me quito la gabardina, la bufanda y el bolso. Me miro en el espejo que tiene Denis en la habitación, observo mi pelo durante al menos diez minutos.

Si Denis estuviera vivo, conmigo en su habitación, habría hecho bromas sobre lo largo que lo tengo. Él mismo me lo habría cortado el primer día, sería lo primero que habríamos hecho en Japón.

En el baño, paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Me imagino que soy la protagonista de un videoclip o de alguna de las mil películas en las que sale la escena de la chica que necesita un cambio en su vida y se corta el pelo sin apartar la vista del

espejo con cara de superación. Casi siempre les vale con un solo tijeretazo para dejarse el pelo como recién salido de la peluquería. A mí me lleva más tiempo. Estoy alrededor de una hora metida en el baño, intentando igualármelo.

Mi hermana pequeña es peluquera. Cuando yo vivía en Madrid, le dejaba que hiciera con mi pelo lo que quisiera. Recuerdo su forma meticulosa y casi reglamentaria de cortarme el pelo. Tengo esos recuerdos teñidos de una luz blanca que nos hacía cerrar los ojos. No sé si es porque traslado el recuerdo del salón de la casa de mis padres a la terraza que tenía mi abuela en su casa o porque, para mí, esos momentos eran pequeños focos de luz en una tormenta.

Imito su forma de mover las manos. Su forma de coger las tijeras, de acariciarme la cabeza para evitar hacerme daño con el cepillo. Intento cortarme el pelo como lo hacía ella.

Salgo del baño y voy directa al espejo de Denis. Le pregunto qué piensa. Imagino que él me diría que parezco una espía que se cambia el pelo para ser otra. Me miro a los ojos a través del espejo y me susurro esas palabras.

Vuelvo a recoger el baño y el chico rubio me ve desde la cocina. Viene hacia mí. Acerca sus yemas de los dedos al final de mi pelo, que coincide con el principio de mis hombros. Después me sonrío y, mirando hacia el suelo, vuelve a la cocina.

...

Revisando las libretas de Denis, me encuentro con un universo que coincide con el mío, a miles de kilómetros.

Por detrás de un árbol ha salido ilesa la noche que, sin avisar, nos quita la alegría de los días. Como el desamor, que llega después de mil mañanas de gloria. Y escondido detrás de un árbol sale, sin avisar. La noche tiñe con colores pastel su llegada para que su entrada nos produzca nostalgia. Acostada en la línea que separa el universo del agua duerme la noche y comparte cama con el final de un amor, tan puro como las lágrimas y tan incierto como la muerte. Partiendo espejos me pilló el olvido. «He preparado tus cosas para que vengas a buscarlas», me dijo. Y mis cosas solo son gotitas que cayeron de

la planta que vimos nacer, juntos. Y mis cosas solo son ausencias que guardé en tus estanterías para olvidarme de ellas. Pobre criatura. A pesar de que la noche siga viniendo con colores pastel, nunca aprenderemos. Y siempre nos sorprenderá la nostalgia tardía de la madrugada. Nunca nos esperamos el desamor.

Denis ha escrito esto el día 31 de marzo de 2015. Sus cosas solo son ausencias. Ausencias imposibles de anotar en un testamento. Ausencias de sí mismo.

Encuentro una foto de nosotros dos, la tenía guardada en un cajón con un montón de fotos más. También sale Nadine y hasta *Clara* cuando aún era un cachorro. Tiene fotos del viaje a Dinamarca. Tiene fotos de nosotros en Madrid. En una continua obsesión por dejar atrás nuestros «yos» tóxicos y malheridos. Se nos ve en los ojos. La búsqueda se nos nota en la forma de vestir.

Entre todas esas fotos, encuentro las que hicimos cuando viajamos por el sur de Francia en el coche de su tía. Ahí estábamos solos y éramos felices. Nunca lo hemos sido tanto. Recuerdo el tacto aterciopelado de los asientos, de las habitaciones de hostel, minúsculas, la cama donde dormíamos y que teníamos que dejar libre cada vez que uno de los dos se llevaba a alguien.

Un día tuve que esperar fuera, en mitad de la nada, rodeada de árboles, sentada en una silla de playa con la botella de vino barato, el tabaco y aquel farol que nos daban en el albergue para ver algo en la oscuridad. Mientras te esperaba, escuchaba música con mis cascos conectados a la radio portátil que habíamos comprado justo al cruzar la frontera. Fue cuando me di cuenta de que ese viaje iba a convertirse en una metáfora de nuestras vidas.

En esas dos horas de espera me pregunté, alrededor de veinticinco veces, cuándo íbamos a encontrar el verdadero significado de las cosas. No sé muy bien definir nuestro sentir insatisfecho de aquella época. Pero aún no lo hemos encontrado.

—¿Qué vas a hacer con todas estas cosas, Ada? —me dice el chico rubio, que se está bebiendo una cerveza japonesa apoyado en el quicio de la puerta. Yo me encojo de hombros.

—Supongo que meterlo en cajas y mandarlo a Copenhague.

—Esta noche te ayudo a hacer cajas.

—¿Has estado alguna vez en Nikko? ¿Te apetece ir conmigo?

El chico rubio asiente y se acerca a pasarme la mano por la nuca. Por unos segundos (o menos) me planteo quedarme. Vivir la vida de Denis, aprender japonés y trabajar en algo que me permita pagar esta habitación. Cambiar mi vida tanto que la gente no encuentre horas en el día para acordarse de mí. Venirme aquí, a la otra punta del mundo.

IX

Hace veintiocho años, dos enamorados follaron sin condón y él se corrió dentro. Ella le había advertido varias veces que llevase cuidado. Él, que se creía invencible y eterno dentro de ella, se dejó ir.

Ella era española, de Madrid de toda la vida, pero asqueada se fue a buscar suerte a Aviñón. Le habían prometido un puesto de camarera en un bar del centro de la ciudad. No le importaba hacer lo que fuese mientras pudiera alejarse de su núcleo familiar. Y allí le conoció a él, un americano que había trabajado como policía durante cuatro años. El último año en el Cuerpo no había acabado como debería y, enganchado a alguna droga, se fue a Aviñón a aceptar cualquier cosa que lo alejase de su país y de su pasado. Cuando llegó, paró a tomarse una cerveza en el bar donde ella curraba.

Podría ser el episodio piloto de una nueva serie de Netflix, pero fue lo que ocurrió de verdad.

Ambos se enamoraron y se fueron a vivir juntos. Ella no era muy joven cuando se quedó embarazada, tenía más o menos veintidós años. Él era bastante mayor que ella; de hecho, estaba a punto de cumplir treinta y ocho años cuando ella puso un test de embarazo sobre la mesita del salón.

Ella le ayudaba con el francés que había aprendido en el colegio, de los caros. Él le enseñaba inglés y chapurreaba el español que le habían enseñado en América.

Al año de malvivir en moteles y pensiones, reunieron el dinero suficiente para pagar unos meses de alquiler en una casa de las afueras de la ciudad. Él había conseguido un puesto de segurata de un supermercado y ella continuaba de camarera.

Él, que ya había llegado enganchado a las drogas, esnifaba, fumaba y chupaba metanfetaminas. Ella no, aunque sabía que él sí.

Estaban enamorados y se lo decían constantemente. Discutían y solucionaban las cosas hablando y follando. Era una relación sana, al margen del problema de las drogas, y bonita. Se querían, de verdad.

Ambos eran unos exiliados de sus vidas que se habían encontrado en una tierra que no les pertenecía. Nunca se plantearon volver a sus países, ni quisieron conocer los orígenes del otro.

Cuando él se enteró de que ella estaba preñada, dejó de pasar drogas y desertaron a otro piso un poco más grande y más céntrico, para que ningún colgado con mono pudiera encontrarlos. Ahora sus trabajos eran estables, así que podían permitírselo. Compraron lo necesario para cuando llegara el bebé y se hicieron a la idea de que iban a ser padres.

Durante los nueve meses de embarazo, ella sangró dos veces y él la cuidó como no había cuidado a nadie en su vida.

En la ciudad donde él había trabajado, desapareció una niña de apenas cinco años y la desesperación de aquellos padres rondaba en su cabeza mientras el vientre de ella se hinchaba. Solo pensó un día en huir: la segunda vez que ella sangró. La cosa fue más seria que el primer sangrado y durante unas horas pensaron que su hijo había muerto. Ese día quiso irse a otro continente.

Cuando ella se puso de parto, él se consumió en la sala de espera, solo. Pienso en ese momento e imagino lo que se le pasaría por la cabeza durante esas horas: quizá quiso huir de nuevo, o quizá quiso que su madre estuviera con él, o quizá le habría gustado ser él quien estuviera naciendo en ese momento y tener la oportunidad de empezar una nueva vida. Pero creo que seguramente pensaría en la metanfetamina.

Pasó a ver a esa madre empapada en sudor que había transformado su cuerpo casi adolescente para dar a luz a un bebé minúsculo que tenía sobre su pecho. Cuando ella lo vio, sintió un gran alivio y pensó que menos mal que lo

tenía a él, que no era una madre soltera y sola. Él cogió en sus brazos a la miniatura y lo acunó, ella sintió un sueño profundo y cerró los ojos poco a poco, reteniendo en la memoria ese cuadro familiar tan perfecto.

La imagen de pareja enamorada se esfumó para siempre y jamás volvió a esa familia. Ella se quedó dormida con la visión de su novio americano acunando a su prematuro, Denis, pero cuando se despertó sentía mucho dolor en su vagina, en sus piernas, todos sus músculos temblaban y el culpable de eso estaba dormido en un cuco a su lado. Miró las manos de Denis y lloró por su propia juventud perdida. Ella había confiado en que, cuando viera la cara de su bebé, el instinto maternal aparecería por la puerta y le diría: Hola, he venido para quedarme. Pero no fue así. Sin quererlo, rechazó al bebé. Hizo todo lo posible para sentir algo por Denis el primer año, pero lloraba por sus pezones cada vez que él se agarraba a ellos. Ella trataba de explicarlo en todos los idiomas que manejaban, pero él era incapaz de entenderlo.

Un día, mientras Denis dormía en su cuna, el padre entró en la cocina y se encontró a su mujer esnifando la metanfetamina que él guardaba entre la ropa de invierno. Él la cogió por los hombros y ella le dijo: Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra. Él le contestó que se la estaba guardando a un amigo y ella le dijo que, cuando sangró por segunda vez durante el embarazo, rezó gritando para que la enfermera le dijera que había tenido un aborto.

Tres años después de este drama francohispanoamericano, mi madre le dijo a mi padre a la hora de la comida que a Rosa, la del puesto de flores, le habían encasquetado un niño de cuatro años y que ahora era madre soltera, que el niño era de su hermana, la francesa, la que se embarazó del americano.

A los pocos años, Rosa le contó a Denis, con todo lujo de detalles, la historia de sus padres. Imagino la cara de Denis, mirando atento a los ojos de su tía, intentando ubicar en algún hueco de su cuerpo esa historia y tratando de acoger la herida, la decepción, con toda la dignidad que puede mostrar un niño pequeño ante una historia así. Seguramente la realidad fuera mucho más

simple que la versión adornada que Denis me ha contado tantas veces y sus padres solo fueran dos jóvenes en Francia, sin dinero para abortar, que no sabían qué hacer con una criatura que los miraba mientras se drogaban.

...

—A mí se me olvida comer, mear, hacer las cosas básicas que un cuerpo necesita para continuar en funcionamiento. Soy de esas personas obsesivas y autodestructivas. Cuando empezó a pasarme, pensaba que era una narcisista de mierda que estaba tan centrada en mí misma que necesitaba autodestruirme para alejarme de mi ombligo. Pero, con los años, me he dado cuenta de que lo que hago es intentar mantener las distancias con el pasado, me obsesiono con las cosas y sobrevivo. He encontrado mi zona de confort ahí. He aprendido a distanciar tanto mi cuerpo de mi cabeza que a veces se me olvida lo que acabo de hacer un segundo antes. Voy al baño, meo y cuando he acabado me sorprende preguntándome si ya he meado o no. Estoy desconectada y yo creo que por eso algo en mí no acaba de estar satisfecho del todo. Por eso me alejé de Denis, para darme una oportunidad a mí misma. Necesitaba aprender a cuidarme, física y mentalmente. Él era como yo y llegó un punto en que nos hacíamos daño. Él sabía perfectamente que me estaba alejando. Al poco de mudarme a Dinamarca, me escribió: Pensaba que tú eras la parte de mi vida que no me abandonaría. Le llamé enseguida para decirle que se dejase de dramas. Intenté explicárselo. Pero decidió odiarme por un tiempo. Al cabo de un mes me llegó el primer CD que me grabó y una carta larguísima perdonándome. Al leerla pensé que se había metido en algo raro, sus palabras sonaban a Yo te absuelvo todos los pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Pero bueno, después de tantos años, nos habríamos perdonado hasta un asesinato. Recuerdo que en ese CD estaba la canción *Stolen Dance*, de Milky Chance. No sé si la has escuchado, pero

empieza diciendo algo así como: Te quiero a mi lado para no volver a sentirme solo.

Me río pensando en el lunar tan bonito de la mejilla de Denis. El chico rubio se ríe viéndome reír.

—Pasé una época en la que se me olvidó que compartía piso con Denis porque yo llegaba tarde del trabajo, o demasiado pronto, y no coincidíamos en los horarios, ni en los días de descanso. Además, él no salía mucho de su cuarto. Me acuerdo perfectamente del día que abrí su puerta porque no me contestaba y llevaba horas sin salir de su habitación. Estaba en calzoncillos y con los cascos enganchados al móvil. No sé qué canción estaría escuchando, pero estaba totalmente desinhibido, bailando, sin darse cuenta de que yo estaba detrás mirando. Si alguien me hubiera dicho que se moriría al cabo de unos meses, me habría despelotado y me habría puesto a bailar con él... En el fondo, creo que esto es lo que él quería cuando pensó en morir. Porque cuando pensamos en nuestra muerte, más bien imaginamos cómo será la vida de la gente a la que dejamos: quién pensará en mí, quién se quedará jodido, etcétera. Esto es lo que él quería, que hoy estuviéramos nosotros en un tren camino a Nikko hablando de él, recordándolo, solucionando los cabos sueltos que ha dejado en su vida. A veces siento rabia y me imagino diciéndole: No, Denis, no vas a consumir más nuestro tiempo con tu chorrada de suicidarte.

La suerte que tienen los animales que están a punto de morir es que no piensan que van a morir. Exprimen su vida cumpliendo las funciones básicas. No se entretienen en nada más. Nosotros nos entretenemos haciéndonos preguntas que nos hacen sentir mucha más agonía.

Toda mi vida he tenido un conflicto conmigo misma, asumiendo que yo era una persona más atormentada, más triste que el resto. Y aún hoy en día me sorprende odiándome por eso: por no ser lo feliz que la sociedad me exige ser. Generamos contratos, acuerdos con la sociedad. Y a mí me rajan por dentro, me culpan.

Mi madre me dijo una vez: La gente que siempre está triste aburre a los

demás. Eso generó en mí un ansia de ser feliz que me llevó al extremo opuesto, difuminando mi concepto de *límite*. Me llevó a la enfermedad, al trastorno.

Desde que empecé a tomar decisiones por mí misma, me prometí que tenía que ser sincera con respecto a lo que sentía. Me dije que, si hacía de la verdad mi valor principal, yo estaría salvada. Me salvaría porque encontraría el perdón de los demás. Pero todo tiene un precio.

Los suicidas mienten. Las mentiras. Son muy sinceros con los otros, son gente en la que confiar, pero, cuando se trata de sí mismos, mienten. Por eso siempre el conocido o la vecina dicen: Estaba bien, nunca nos lo habríamos imaginado, era amable y todo le iba bien, siempre estaba dispuesto a ayudar y él siempre parecía estar contento y alegre.

Y es mentira. Realmente estaba jodido y aterrado por si alguien se atrevía a preguntarle y a adivinar que de verdad estaba en la mierda más absoluta. Esa es la lucha por sobrevivir y parecer alegre. Feliz.

—¿«Con tu chorrada de suicidarte»? Denis está muerto, en un depósito, desnudo y sobre una camilla de metal, fría. La gente se abre las venas por soledad. No me jodas. Cuando pensó en matarse no pensaba en nadie más que en sí mismo, no pensaba en cómo te iba a afectar a ti, a mí o a su jodido padre americano.

Miro el móvil y veo un mensaje de Nadine con una foto y seis notificaciones de Facebook. Contesto a Nadine con otra foto del paisaje. Le digo que me voy a Nikko con el chico rubio porque allí viajó Denis con Hiro. Allí se desnudaron y se contaron cosas que solo le cuentas a la gente que te desnuda.

El tren tiene los asientos de terciopelo, como los de los autocares que tanto me mareaban de pequeña, como el coche de la tía de Denis. Por la ventana veo paisajes que no he visto en mi vida y un cielo nublado sorprende al país. El chico rubio se ha quedado dormido con las piernas cruzadas. Lleva un calcetín de cada color y su aspecto es el de no haber entrado en la ducha en

mucho tiempo. Aun así, hay algo en él que provoca ternura. Le acaricio la cara, su barba incipiente.

Me pongo los cascos y suena *Addio del passato*, cantada por Maria Callas.

Nikko

Los pájaros bailan cuando vuelan juntos hacia África. Sus ritmos, más elegantes y plenos que los nuestros, proceden de su aleteo. No pisan el suelo, sino que baten el aire, que les es benévolo. A nosotros, en cambio, nos odia la tierra.

El suplicio de las moscas,
ELIAS CANETTI

X

Ni el chico rubio ni yo hemos traído maleta. Pensamos pasar aquí la noche y mañana volvernos pronto a Tokio. Una mochila color azul cuelga de mis hombros y arruga mi abrigo. Estamos en la cola que se forma en el pasillo cuando vas a bajar de un tren, aunque la verdad es que ni él ni yo sabemos para dónde tirar ahora, cuando bajemos. Lo único que sé es que me muero de hambre y me estoy meando.

Bajamos del tren y busco un baño. Hay una madre con un niño que mira cómo retuerzo las piernas para que mi pis no salga disparado hacia mis bonitas bragas de flores. Es mi turno y entro. Cuando me siento en la taza, comienzo a sentir un dolor agudo y frío que me baja por la uretra. Abro la boca, pero no me sale el grito. Me mareo un poco y contraigo todos los músculos de mi cuerpo. Me levanto y veo que mi pis es sangre. La intensidad del dolor disminuye hasta que desaparece. Me da miedo dar un paso por si vuelvo a sentir esa punzada. Agito la cabeza como si estuviera negando algo, me abrocho el cinturón y salgo.

—Estás muy pálida, Ada.

Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

Le contesto que tengo infección de orina.

Vamos a la oficina de turismo que está en la misma estación. El japonés de detrás del mostrador me recuerda al que me atendió el otro día en el supermercado. Me encantaría acariciarle la cara, la tiene tan aterciopelada que la mordería. Le pido un mapa y fuerzo el contacto acariciándole la mano

cuando me lo da. El chico rubio le pregunta por algún lugar donde pasar la noche y yo me imagino que el japonés nos ofrece su bonita habitación.

Nos sugiere uno que está muy cerca de la estación y nos señala el camino en el mapa para que no nos perdamos. Después nos propone tres rutas para ver Nikko.

Nikko es bonito, por los templos y eso, pero intento buscar la explicación de por qué Denis decidió venir aquí con Hiro y después volver solo. Quizá vinieron y aquí dejaron la relación, por eso luego volvió Denis, para intentar retroceder en el tiempo o para despedirse de la vida en un templo budista, yo qué sé.

Quizá solo vino para intentar aclarar los motivos por los que Hiro le dejó. Como mi hermana pequeña, que cuando le pegaban los del colegio siempre lo hacían en la trasera de un restaurante en concreto. Ella nunca entendió ni por qué le pegaban ni por qué ahí, y cuando creció solía volver a esa parte de atrás del restaurante y pasar horas y horas fumando cigarrillos de liar, como si por el simple hecho de volver, su cabeza fuera a dar con todas las respuestas.

El chico rubio está hablando con los de la recepción del hotel y yo estoy mirándole desde la calle mientras fumo. Tampoco iba a servirle de gran ayuda, aquí la gente sabe menos inglés que en Tokio. Así que me imagino que mi cámara invisible está grabando el mismo plano que ven mis ojos.

Hace un gesto con la mano indicándome que ya tenemos habitaciones. Entro y me da la llave de la mía: 306. La suya está al otro lado del pasillo, la 310.

Un colchón en el suelo, una puerta corredera que lo separa del baño, un pequeño escritorio y una ventana que da a una arboleda que me produce cierta inquietud. Voy al baño y olisqueo todos los geles, champús y productos que nos regala el hotel. Miro al techo, suspiro, me bajo los pantalones y las bragas y el frío del porcelana hace que toda mi vejiga se contraiga. Noto cómo el pis se desliza por la uretra y cómo mis lágrimas se deslizan por mis

mejillas. Sale como alfileres. Termino de mear y de llorar. Porque el dolor se esfuma en el momento en que cae la última gota.

El chico rubio llama a mi puerta, paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

—Es igualita que la mía, ¿no te dan un poco de yuyu las vistas? Mi habitación da a la calle.

Le contesto que siempre me han dado miedo ese tipo de vistas a un bosque. Cojo mi mochila y le digo que nos vayamos ya.

•••

El chico rubio y yo hemos cogido un bus que nos lleva a ver un templo de no sé qué; él está muy ilusionado, como un niño pequeño que va al zoo por primera vez. Está muy atento a lo que va explicando el conductor. Yo, como no lo entiendo, me limito a mirar el paisaje y a recrear la conversación de Denis y Hiro en mi cabeza. Como no sé qué cara tiene Hiro, me lo imagino como una mezcla del enfermero japonés y del chico que nos dio el mapa de Nikko.

«Creo que no podemos seguir viéndonos, no aguanto la presión», diría Hiro.

«No hay presión si estamos juntos. Qué coño me estás contando, llevamos tres días aquí, como si fuéramos los enamorados más cursis del planeta, ¿y ahora me dices esto?», contestaría Denis.

«Te has convertido en una responsabilidad para mí. Intento disfrutar de lo que tenemos; estos días contigo, estos meses, han sido increíbles, jamás había amado así, pero no puedo dejar de tener miedo cuando estoy contigo», diría Hiro.

«Pues vámonos, ven conmigo a Europa», le propondría Denis.

«Es demasiado para mí. No quiero seguir con esto. Es demasiado», concluiría Hiro.

Sería algo así, aunque con más melodrama, porque Denis era muy de dramas. El paisaje sería parecido a lo que estoy viendo yo ahora desde este bus, pero todo mucho más verde, con alguna casa y sin el cielo nublado.

Llegamos al famoso templo que el chico rubio quería ver. Me quedo fuera porque siento un gran malestar en todo mi cuerpo. Es por la infección y la soledad. No me permito ni una queja. En cuanto al dolor físico, soy adicta a todo tipo de dolores superficiales. Me arranco la piel que rodea mis dedos, tiro de los padrastrós hasta que veo que sale un poco de sangre. A veces tengo las manos tan mal que las heridas no se me curan bien y me sangran cada vez que me lavo las manos. Pero esta infección me duele demasiado, no tiene pinta de superficial y no sé cuándo podré hacer algo para paliarla. Por eso no quiero que salga ni una queja de mi boca, para que el chico rubio no se ponga paternalista. No entro al templo para no tener que tumbarme y hacerme un ovillo entre tanta cosa sagrada si me hago pis.

Me pongo los cascos y enciendo el discman. *Love Will Tear Us Apart*, de Joy Division, genial para este viaje. Saco el móvil y veo varios mensajes de mi madre:

Hoy operaban a tu padre.

Todo ha salido bien.

Podrías llamar de vez en cuando.

Es irónico, mi padre sufre del corazón. Supongo que la vida le está devolviendo todo lo que él ha generado en el corazón de las personas que lo rodean. El chico rubio sale del templo, echamos a andar. Caminamos uno al lado del otro, pero cada uno va pensando en sus cosas.

—Es bonito Nikko, la verdad, ¿sabes que Denis estuvo aquí con su último amor? —le digo.

—¿Por eso hemos venido? El templo al que no has querido entrar, eso sí que era bonito —me aclara él.

Después de mucho caminar, volvemos al hotel y follamos en su habitación

número 310. Se queda dormido con su pierna enredada en la mía. Consigo apartarlo y vuelvo a mi habitación. Abro mi mochila, saco la bolsa de aseo, la abro y saco un lexatín que me tomo sin agua, porque mi garganta está tan acostumbrada que el agua solo me hará querer mear y querer morir.

Miro la arboleda y abro la ventana, estoy desnuda y he cruzado así el pasillo que comunica su habitación con la mía. Si algo malo hay entre esos árboles, mejor que lo afronte desnuda. Sin dejar de mirar por la ventana, me enciendo un cigarrillo.

...

Cuando era pequeña me meaba en el suelo de mi cuarto, que compartía con mi hermana mayor y, más tarde, compartíamos las tres hermanas. Me levantaba por la noche, casi siempre en torno a las tres o cuatro de la madrugada, y me meaba en el suelo. Después, mi madre se levantaba por la mañana y me abofeteaba. Lo seguí haciendo hasta que entendí que no encontraría ni el placer ni su afecto. Que la búsqueda tenía que ir por otro lado.

Lloro y no lo hago en silencio. Estoy tirada en el suelo de la ducha, cae agua por todo mi cuerpo y de mi vejiga sale pis de un color muy oscuro. No puedo levantarme, ni puedo dejar de llorar tampoco. Lloro como lloran los niños pequeños que se sienten solos. Siento cómo los riñones salen de mi cuerpo por mi diminuta uretra. Jódete, zorra, me dice mi cabeza. Ese es el tono habitual con el que me habla mi cerebro. Estoy acostumbrada, así que siento placer en esas palabras, alivio. Me levanto intentando no resbalar, termino de ducharme y cierro el grifo porque odio que el agua arrugue mis dedos. El chico rubio ya está llamando a mi puerta. Le abro y ya está listo otra vez para salir a ver Nikko y cenar.

Me visto rápidamente mientras él me comenta que me queda mucho mejor el pelo corto. Le sugiero que a él le quedaría mejor el pelo largo. Veo por el

raballo del ojo cómo se mira en el espejo y se imagina con el pelo tan largo como lo tenía yo antes. Me pongo la mochila, cojo el móvil y me pongo un pañuelo que Nadine me trajo de algún lugar.

Me imagino a Denis y a Hiro caminando por la calle por la que estoy caminando yo ahora. De la mano, con prudencia por si alguien los ve. Fingiendo que son amigos y que por la noche no comparten colchón. En el restaurante, en los templos. No puedo evitar pensar que dejaron centenares de huellas por todas las calles por las que yo estoy paseando. Quizá se alojaron en el mismo hotel que nosotros. Quizá durmieron en la 306 y follaron en la 310. O viceversa.

Llegamos al puente de Shinkyō; debajo, el río Daiya. Está anocheciendo y el chico rubio me está contando problemas de sus compañeros de trabajo. Miro el río y paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Nunca he tenido vértigo, pero entiendo a las personas que lo tienen. Tiene que ver con su pulsión. Yo tiendo a tener más pulsión de muerte que de vida y sí que me da cierto miedo que ahora mismo mis pies y mi cuerpo se precipiten al agua sin el consentimiento de mi cabeza. Miro el agua y el dolor agudo de mi vientre aparece. Me meto la mano en el bolsillo y, tachán, un lextatín. Abro la boca y me lo trago.

El chico rubio tiene hambre y le sugiero que vayamos al hotel y pidamos algo de comida. Acepta. Nikko es como un pueblo perdido de Asturias. Sigue hablándome de la bonita amistad que tiene con su jefa. Decido prestarle atención.

...

Habitación 306 y yo descalza, mirando a una distancia de un metro la arboleda que hay al otro lado de la ventana. Eso es lo que graba la cámara, en un plano general con una luz azulada y rosácea, como la del amanecer, aunque sea de noche. Me da miedo. Cojo la comida que me ha traído el

servicio de habitaciones y salgo descalza de la habitación. Llamo a la puerta del chico rubio, que me abre en pantalón de pijama. Cenamos en silencio. Yo no puedo dejar de pensar en Denis y en Hiro.

Terminamos de cenar hablando de temas sin importancia e incluso algo aburridos. Me levanto, finjo que me muero de sueño y, casi sin desearle buenas noches, salgo de la habitación. Observo el pasillo, lleno de puertas. Me siento en el suelo. Apoyo la cabeza en la pared e imagino a Hiro y a Denis caminando entre risas, llegando hasta alguna de las puertas, comiéndose a besos porque saben que nadie los está mirando. La mano de Denis baja hasta el paquete de Hiro. Y Hiro le dice que pare porque no atina a abrir la puerta. Imagino a Denis apartándose y, entre risas, diciéndole a Hiro que se ha equivocado de puerta. Los dos ríen y van hacia la puerta correcta quitándose la ropa.

Me levanto y voy a mi cuarto. Hace mucho frío dentro. La arboleda sigue ahí. Tapo la ventana con las cortinas para que los árboles no me miren. Cojo de la mochila el cuaderno de Denis, el de 2014. Vuelvo a leer su pequeño diario:

Tokio, junio 2014

Hemos hecho nuestro primer viaje juntos. Estábamos hartos de nuestra vida en Tokio, necesitábamos estar solos, sin nadie que nos mire o nos deje de mirar. Nikko ha sido nuestro lugar elegido. Qué manos tan frías tenías. Hemos visitado templos, nos hemos mirado de arriba abajo, hemos dejado estampitas de madera y hemos follado con tanto amor que yo ya no voy a poder dormir con nadie que no seas tú, nunca más, Hiro.

Me he reído tanto de la ignorancia de la gente, de la falta de comprensión y de la indiferencia. Cuando sentía que nos miraban como si estuviéramos maltratando al mundo por besarnos, ardía en deseo de gritarles lo bien que se nos da amarnos. Qué cursi me pongo cuando pienso en estos maravillosos días de retiro en Nikko.

No te acabes nunca, mi amor.

Aquí estoy, Denis, en Nikko, imaginándote en cada esquinita de la ciudad. En cada rama de árbol, en cada río. Estar aquí hace que me sienta más cerca de ti.

Me pongo los cascos, abro el discman y vuelvo a leer el título del CD:
ADA 2.

Lo cierro, le doy al play y *Cool Blue*, de The Japanese House.

XI

Me despierto bruscamente, sobresaltada.

Me dormí con los cascos puestos.

Me levanto, me pongo una camiseta de pijama y voy al baño.

El mismo dolor, la misma sangre.

Vuelvo a la cama y cierro los ojos.

Algo suena en mi ventana.

Abro los ojos y ningún músculo de mi cuerpo se mueve.

Un golpeteo en el cristal.

Mi cuerpo, totalmente paralizado.

Consigo levantarme y paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

Enciendo la luz de la mesilla.

Voy a la ventana y descubro que lo que golpetea es la corriente.

Me alejo un poco y me doy cuenta de que si me quedo aquí no podré volver a dormirme.

Vuelvo a la habitación del chico rubio.

Llamo a su puerta y nadie viene a abrirme.

Del picaporte cuelga el cartel de «NO MOLESTAR».

Llamo de forma insistente.

Pego la oreja a la puerta y oigo unos pasos.

Espero a que llegue, mirando el picaporte.

Veo cómo gira lentamente, cómo se mueve la puerta poco a poco hasta abrirse de par en par. Me quedo paralizada porque al otro lado solo hay oscuridad. Negrura.

Trago saliva y susurro el nombre del chico rubio.

Nadie contesta, quizá no me haya oído.

Decido cruzar la puerta y esperar a que mis ojos se acostumbren a la oscuridad.

No consigo encontrar el interruptor.

Cierro la puerta tras de mí y siento la respiración de alguien, justo a mi lado.

Una voz que mi mente rescata del fondo de mi cerebro dice: «Soy Denis».

En ese momento dejamos de estar en la habitación 310 y estamos en mitad del bosque que veo a través de mi ventana.

Miro mi cuerpo y veo que llevo un vestido color amarillo pastel.

Denis está delante de mí, vestido con su pijama gris.

Ahora hay mucha luz y yo no dejo de mirarle a la cara.

«Soy Denis», me repite.

Me miro los pies y me doy cuenta de que estoy atada al suelo por lo que parecen ser tallos de siemprevivas.

Denis también tiene los pies sujetos al suelo, pero por manos que están enterradas en la tierra. Levanto la vista y veo cómo, a sus espaldas, una avalancha de tierra negra viene hacia nosotros.

Intento advertirle, pero me doy cuenta de que no tengo lengua.

Él no deja de repetir «Soy Denis» mientras la avalancha absorbe su cuerpo.

Me despierto bruscamente, alterada por el sueño. Instintivamente, busco a Denis en mi habitación. No está. Me relajo y asumo que ya estoy en la realidad. Estoy empapada en sudor. Mierda, no es sudor, es que me he meado en la cama. Empiezo a llorar y me meto en la ducha corriendo. Estoy avergonzada. Toco mi lengua para recordarme que nadie me la ha arrancado. Miro mis pies y compruebo que nadie me sujeta. Me acuerdo de todo el sueño menos de una cosa, de la voz de Denis.

...

En mi móvil hay un mensaje del chico rubio diciendo que está abajo, en la recepción. Me muero de hambre. Cojo mi mochila, echo un último vistazo hacia la arboleda, pienso en Denis, miro la cama y me voy. Paso por delante de la 310 y acaricio la madera de la puerta como si estuviera acariciando la cara de Denis.

—¿Cómo va tu infección? —me pregunta el chico rubio.

—Mejor vamos a desayunar.

Desayunamos en la estación de tren. En lo que llega el tren, el chico rubio lee y yo me pongo los cascos. *Blister in the Sun*, de Violent Femmes. La cámara graba a una chica ocupando tres asientos de la estación porque está tumbada y a un chico que apoya su codo en las piernas de ella y que lee mientras se muerde las uñas.

—¿Por qué se retrasó una hora la persona que os limpia la casa el día que Denis se suicidó? —le pregunto incorporándome.

—Porque ese día no solo se suicidó Denis. Alguien se tiró también a las vías del tren que tenía que coger para venir desde su casa a nuestro apartamento y tuvo que venir andando.

—Quizá comparten depósito.

Quizá fue Hiro el suicida del tren.

La cámara también graba esa conversación. La posibilidad de que Hiro fuera el otro suicida del día 10 de febrero es la misma de que yo conozca a Cate Blanchett alguna vez en mi vida.

Descubro que hay sitios de mi pensamiento por los que hacía años que no pasaba. El mecer del vagón y el paisaje japonés hace que las pecas que la chica de enfrente tiene en la cara se muevan. En realidad, ahora mismo no hay nada más fijo que esas pecas en esa cara. Escribo a mi madre y le pregunto por mi padre. ¿Cómo está su corazón? Todo bien, hija, ya estamos en casa y tus hermanas le cuidan.

Saco mi libreta y apunto:

A todas las ciudades que lloran desesperadamente.

Les dedico todos mis silencios.

(Y todos los bailes de mi vida.)

A ti también te dedico todos los bailes de mi vida, Denis, de mi vida.

Tokio II

Yo miraba fijamente a la nada y me arrepentía de mi vida.

Que me quieras,
MERRITT TIERCE

XII

Cuando te suicidas con pastillas, tu mente entra en un estado de plenitud que paraliza tu cuerpo. Es tan placentero que es comparable a un orgasmo. Escuchas y sabes que hay vida a tu alrededor, pero tú permaneces pegado a esa sensación de sueño irreversible.

Generalmente, tu vejiga se vacía y te meas encima. También te cagas. Es la última jugada de tu cuerpo.

...

Entramos en el metro de Tokio y es hora punta. Vamos hacia casa a dejar las mochilas y pasaré el resto del día yo sola porque él tiene que trabajar en el restaurante. El chico rubio me sugiere que suba al vagón reservado para las mujeres. Añade que, si entro con él en otro vagón, es muy probable que subasten mis bragas. Perpleja, me monto en el tren de color rosa que está al fondo, me siento al lado de una chica joven que también tiene los cascos puestos. Un cristal nos separa del siguiente vagón y tres japoneses nos observan de forma descarada, convencidos de que estamos pensando que nos encantaría que nos follaran. Yo les devuelvo la mirada con bastante desagrado y me siento como si estuviera en mitad de un Apocalipsis, donde las mujeres que estamos en este vagón somos las únicas sanas del planeta y los japoneses del vagón de al lado son los zombis que nos miran por las ventanas esperando a que salgamos para desgarrarnos, como un niño mira su pastel favorito en una confitería, deseando morderlo.

Llega mi parada, me bajo del vagón rosa y mi cámara invisible graba esa

acción desde el andén. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Busco al chico rubio. Veo que viene hacia mí con carita de cansado. Le sonrío. Él pasa su brazo por mi hombro y, apretando mi cuerpo contra su pecho, caminamos hacia la salida del metro. Me gusta que esté aquí, haber ido a Nikko con él.

...

Intento ignorar que me hago mucho pis. Empiezo a pensar en los sitios a los que me habría llevado Denis si yo hubiera venido a verle a Tokio. Seguro que me habría sacado a bailar a algún antro prohibido, donde él me habría dedicado *I Can't Take My Eyes Off You* y yo le habría dedicado *When I'm Sixty-Four*.

Llegamos a casa, subimos en el ascensor cada uno apoyado en una pared distinta. La cámara invisible lo graba. La luz fluorescente nos favorece, nos hace más guapos. Yo voy hacia su cuerpo y lo abrazo, él posa su barbilla sobre mi cabeza y los dos nos sentimos agradecidos. Llegamos al piso que nos corresponde. Antes de girar la llave por última vez, se da la vuelta y me pregunta:

—¿Te imaginas que ahora abro la puerta y encontramos miles de globos en el salón y a Denis con un matasuegras gritando: ¡Sorpresa!?

Él se ríe porque ya no le asocia con algo vivo. Yo intento recordar su voz diciendo eso, intento buscar la claridad con la que la oí en el sueño. Pero no lo consigo. Termina de girar la llave y durante una milésima de segundo espero el grito de Denis. Entro en su habitación y las comisuras de mis labios comienzan a sentir la gravedad. Noto mis ojeras que me llegan hasta los pómulos, hinchándome los ojos. Me miro en el espejo y recorro cada esquina de mi reflejo preguntándome miles de cosas relacionadas con Denis. No consigo responder a ninguna. Me quito el abrigo, la mochila, todo lo que traía

conmigo, me siento en el escritorio y sobre una hoja en blanco de mi libreta anoto:

No hay nada más frágil que un ser humano amado.

Delante de ese escritorio me vienen miles de imágenes a la cabeza: qué es la belleza, dónde nace, hacia dónde va y de dónde viene. El cuerpo sin vida de Denis es bello, tiene las dolencias de un campo de batalla y está hinchado por una vida que ya no es más que miseria. Su cuerpo, vacío por dentro, se ha convertido en una metáfora incapaz de ser escuchada. Ese depósito es una fosa común, con cuerpos almacenados, listos para ser sometidos a rituales que alaban a un creador, creador de la muerte como final único y omnipresente. Cuerpos desterrados, exiliados lejos de sus respectivas sangres. Se han convertido en ballenas muertas a orillas de una playa. La belleza nunca trae paz.

Me recojo el pelo con una horquilla que encuentro entre las hojas de mi cuaderno, imagino una vez más a Denis con el matasuegras, gritando ¡sorpresa!, como una escena a cámara lenta.

Me acurruco en la cama e imagino a Denis bailando en el depósito, un baile desganado, pero con instinto de supervivencia. Lo miro sobrevivir al ritmo de la canción y se me caen las lágrimas.

...

Mi madre (Del lat. *Mater*, *-tris*). f. 1. Véase definición de *silencio*.

Recuerdo la película *El árbol de la vida*, de Terrence Malick. Recuerdo a los padres de esos tres niños. Cuando la vi en el cine creí estar viendo a mi familia, a mis padres y a mis hermanas.

Mi madre siempre quiso ser madre. Conoció a mi padre a los diecinueve

años, cuando heredó el quiosco de mi abuelo. Sabía que mi padre era un hombre de corazón pequeño, pero nunca dijo nada, porque mi madre es silencio.

Mi mamá me acariciaba la cara todas las noches y rozaba su nariz con la mía. Había días que esperábamos impacientes, las tres hermanas, a que ese momento llegara. No nos movíamos, cerrábamos los ojos y esperábamos que posara su nariz en las nuestras. Y esos quince segundos se convertían en horas, en días, en años. Ese momento de afecto nos calmaba, notábamos el escozor de la herida que está curando. Cuando salía de la habitación, nosotras no hablábamos, nos quedábamos quietecitas esperando que, por algún casual, se hubiera dejado algo dentro de nuestra habitación y volviera a entrar, y rematase su afecto con una caricia en el pie de alguna, daba igual de quién, lo sentiríamos las tres.

Al mes de que mi madre se diera cuenta de que yo pasaba todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho, como si contara algo, de forma frenética, se acercó a hacerme su tradicional caricia nocturna y, tras mirarme un rato a los ojos, buscó mi mano debajo de las sábanas y pasó todas las yemas de su mano derecha por la yema de mi pulgar, como si ella contara algo por mí. Jamás una madre ha sido tan amada como yo la amé mientras ella hacía eso.

Después crecí y las traiciones y sus silencios pesaron más que su afecto, que se fue diluyendo con el pasar del tiempo.

...

Saco mi libreta y escribo:

*En mi corazón, atravesado por ramas,
es donde quiero plantarte.*

Salgo del lavabo del establecimiento al que he entrado a comprarme un

paquete de tabaco y la cámara graba mi camino desde el lavabo hasta la calle, a cámara lenta y con *White Rabbit*, de Jefferson Airplane, de fondo.

Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

Siento un amor inocente por Tokio, un amor frágil. Japón es el hijo odiado por los padres. Es el bastardo de la naturaleza, el hijo ilegítimo del centro del mundo. Es castigado con catástrofes, es purgado a base de huracanes, terremotos y tizones.

Atardece en Tokio, voy sin rumbo. Noto mi cuerpo como el de un fantasma, me siento traslúcida. Ando como si el suelo fuera a abrirse y el infierno me fuera a coger por los pies.

Si yo fuera pájaro, me comería tus gusanos. «Ninguna tierra acaba por amarnos», leí una vez en un libro. Y ninguna tierra ha llegado a quererte del todo; sin embargo, todo el futuro que te queda es ser devorado por la tierra hasta que tú mismo seas tierra. Ni las plantas de tu habitación llegaron a acogerte. Ni el suelo de tu habitación llegó a quererte, Denis, la tierra es desamparo, es angustia y es terror. Pero tú lo has convertido en belleza. Siempre pensé que eras el reflejo de un bosque sin luz, con hojas muertas que hacen crujir el sendero, y ahora, expuesto en el depósito, camilla número 11, me doy cuenta de que eres luz, eres una casa iluminada a primera hora de la mañana.

—Ada.

Dicen mi nombre mientras una mano se apoya en mi hombro. Me quito los cascos y me giro. El enfermero japonés, que está a un palmo de mí, mirándome.

—Perdona, no quería asustarte.

Sin saber muy bien cómo, he cruzado Shibuya, tengo las manos en los bolsillos de la gabardina y los labios cortados por el frío.

Me pregunta cómo estoy y entablamos una conversación bastante banal y con varios silencios que acaban con la decisión de invitarme a una cerveza.

Yo me lo imagino haciendo vida en estas calles por las que ahora paseamos, yendo a ese mercado, fumando en esa esquina. En Japón, las madres generan dependencias raras con sus hijos. El *amae*, asumir la indulgencia del otro. Se mueren por la aceptación de sus hijos hasta ser permisivas en exceso y sumisas ante sus criaturitas. ¿Cómo será la madre del enfermero japonés?

—Gracias por dejarme ir al depósito a ver a Denis.

—En la ciudad donde nací plantamos árboles cada vez que algún familiar muere. Así convertimos la muerte en un nacimiento, y cuidamos ese tallo de generación en generación. Yo sigo cuidando a mis tatarabuelos.

—Qué putada que nazca algo en tu honor cuando lo que quieres es morirte.

—La muerte es para el que se queda, no para el que se va. Y para soportar eso hay que inventarse algo que justifique la ausencia. La muerte es un medio, no un fin. A mí los árboles nunca me han curado un duelo, pero poco a poco he ido entendiendo que la tierra nos acoge cuando ya la vida no nos quiere. La muerte es un abismo si la separas de la naturaleza, por eso me compadezco de ti y de tu amigo, porque la desvinculáis. Ya verás que el día que él descansa en la tierra entenderás mejor la lluvia. Dile todo esto al chico rubio que vino contigo, díselo.

Silencio, miro la mesa y pienso en el chico rubio. Él está pensando, buscando las palabras para continuar hablándome. Que no me hable más de la naturaleza, por favor.

—Sin embargo, vino un hombre, después de que tú vinieras a ver a Denis por primera vez, justo al día siguiente.

¿Un hombre, qué hombre? ¿De qué me está hablando? Mi cabeza repite esas preguntas en bucle, pero dejo que continúe.

—No recuerdo cómo se llamaba. Me dijo que era un amigo de Denis, un familiar casi, que sabía que él estaba en ese depósito y que tenía que despedirse. Me tocó la mano y noté una conexión con él, una atracción, una dependencia. No pude negarme, sus ojos tenían más profundidad que los

nuestros, se podía ver la otra punta del mundo a través de él. Por un minuto dudé de si solo lo estaba viendo yo, de si alguien más estaba viendo a aquel hombre. Dudé de si mi cabeza cansada lo estaba imaginando. Casi no hablamos, pero la forma que tenía de mirar a tu amigo, la forma que tenía de tocarlo sin que sus dedos rozasen su piel, era amor y respeto por la muerte, tenía un consuelo.

Silencio.

Silencio.

Dejo de mirar hacia la mesa para mirarlo a los ojos. ¿De quién me está hablando? ¿Quién más ha ido a ver a Denis al depósito?

—No sé de quién me hablas, ¿alguien más ha ido al depósito?

—No recuerdo su nombre.

Hiro. Él es el único que no podría esperar al funeral para despedirse. Ese hombre tiene que ser Hiro.

Hiro. Hiro. Hiro. Hiro. Si me hiciera camisetas con tu nombre, ¿me detendrían?

Hiro, ¿vendrás al funeral? ¿Traerás flores, estampas, vendrás de blanco? Hiro.

—Me estoy mareando un poco.

Empiezo a notar el dolor en mi vejiga, de nuevo. Hiro, ¿eres tú el que ha ido a ver a Denis?

—Ven conmigo.

Me desplomo sobre el cuerpo del enfermero, que tira de mí.

Subimos unas escaleras estrechas y empinadas. La luz es anaranjada. El enfermero me deja caer. Miro la estancia en la que estoy, tumbada a ras del suelo, al lado de una mesa, las paredes son blancas. Hay una televisión apagada en la que me veo reflejada. Me incorporo y busco en mi bolso un lexatín. ¿Estoy en su casa? El enfermero vuelve con un vaso de agua, le explico mis dolores y mi sangrado. Me da una pastilla que disuelve en agua.

—Esto te curará la infección que tienes.

•••

La psicología de la distancia en Japón es curiosa. Estoy acurrucada en su sofá y él está sentado en la esquina opuesta. Me mira con temor porque tenemos ideas diferentes sobre la distancia entre dos personas que se conocen y están en la misma habitación, creo que piensa que mi costumbre va a imponerse y la idea de que me acerque lo desconcierta un poco. Ojalá mi pudor y mi intimidad fueran como las suyas, impenetrables, propias y con criterio. El enfermero japonés administra el espacio marcando esa distancia, entre él y yo hay una habitación entera, entre mi vejiga y la suya.

Tocar a alguien en Japón es algo raro, algo inusual. Supongo que es culpa de la evolución negativa que ha tenido. Antes era un acto de amor, porque tu cuerpo se convertía en la materialización de tu corazón. Por eso, el roce era un signo de afecto brutal y sincero. Después, el amor se redujo al sexo y tocar a alguien ya no implicaba nada afectuoso.

Kokoro ni fureru, tocar el corazón de alguien. Es una expresión japonesa que resume mi experiencia en Japón. Denis me lo contó, como todo lo que sé de este país, él me lo contó todo. *Kokoro ni fureru*, mi Denis.

—Me da pudor verte llorar —dice el enfermero.

Me seco las lágrimas que han mojado el sofá sobre el que apoyo mi cabeza. Tokio me ha visto deshidratarme de tanto llorar en este viaje. A Tokio le doy vergüenza ajena.

—Aquí ya no se llora. Ni siquiera los niños lloran ya.

—Lo siento.

—Yo soy quien lo siento. ¿Qué necesitas? Estoy avergonzado, no sé qué hacer cuando alguien llora.

—No tienes que hacer nada. Mi llanto es mío, como tu distancia, tuya.

Continúo con mi llanto. Siento alivio. Ahora Hiro sabe que Denis es el llanto olvidado de Tokio, el llanto extinguido de un país que no llora.

...

Abro los ojos. Me he quedado dormida en el sofá del enfermero japonés. Él ya no está. Me levanto y miro, desde la puerta, el interior del que parece el dormitorio principal. Está vacío. Me fumo un cigarrillo en silencio. Arranco una hoja de mi libreta:

Te veo en el funeral, sabes dónde es. Gracias, por todo.

ADA

...

Allí está el chico rubio, en la cocina, haciéndose algo de cena. Tiene el rostro triste. Me quito la ropa y me meto en la bañera.

El agua va hundiendo mi cuerpo como si yo fuera Japón y estuviera dejando a miles de familias ahogadas.

...

Mi madre fue muy sincera cuando le dije que me había enamorado. Antes de morirme me gustaría verte casada. La hipocresía vino cuando le dije que vería a la novia más guapa caminar hacia el altar, que se llamaba Nadine y que se quedaría atónita cuando le mirase su cara rosada de haber vivido años cerca del frío. Sus ojos se ennegrecieron y pensé: No hay soledad que duela más que la soledad de amar y que nadie te crea. Se levantó, sin ni siquiera dedicarme una sonrisa, y volvió a la cocina. Hacía tiempo que ya no vivía con mis padres. Mi padre, en cambio, me miró y me sonrió, como me sonreía cuando era niña y me pedía que me quedara con él a cerrar el quiosco. Como jamás ha sonreído a mis hermanas porque en ellas no veía nada que arreglar.

Mi madre fue muy sincera cuando vio a Denis besarse con un hombre. Eso

le viene de haber sido huérfano. ¿Y de qué me viene a mí, mamá? ¿De verte follar con el mismo hombre que me follaba a mí?

Mami, mamá, ¿por qué no vienes a Tokio? Sálvame. He intentado sustituirte por todas las personas que he admirado y me han querido. He intentado justificarte. He intentado con todas mis fuerzas deshacerme de la culpa, de tu culpa, de tu cara, de tu puto amor incondicional. Pero no puedo. Jamás te has ido de mi sueño, de mi dolor, de mí raíz. Y no echo de menos que me salves, ni que veas en mí a una hija como lo ves en mis hermanas. Echo de menos que me mires con pena, que me atiborres a pastillas para intentar curarme, echo de menos que me hagas daño. Y con mis veintiocho años sujetos sobre mi pecho, mamá, quiero que vengas aquí, que te pares justo delante de mí y me salves. Supongo que la hipócrita ahora estoy siendo yo, porque yo jamás te salvaría a ti, porque no me corresponde, porque no tengo respuesta para el afecto que tú decidiste darme.

*Entiende que yo te hice libre
y que los que entienden de libertad
son los primeros en ser expulsados de los sitios.*

Desde la bañera del apartamento de Denis, escribo esto. Escribí algo parecido en la época que Denis me dijo que quería ser padre. Era para sus hijos futuros. Ahora, se lo dedico a los hijos que no voy a tener.

XIII

Suena *You Don't Own Me*, de Lesley Gore.

La lluvia me despierta goteándose en la palma de mi mano. Mierda, me dormí con la ventana abierta. Sobresaltada, me pongo de pie y acudo a salvar las cosas que están encima de la mesa. Mi libreta, calada. El diario de Denis, calado. Corro a por una toalla y vuelvo a secarlo. Cuando tengo que actuar con rapidez me vuelvo torpe, aparatosa y sosa. Eso es algo que me han criticado mucho en mi casa, siempre. Ahí no tengo nada que discutirles, tienen razón. Puta torpe de los cojones, me repite mi cabeza. Y tiene razón. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

Después del rescate, me siento en la cama a mirar cómo han quedado las libretas. Mojadas, amarillentas y con el papel un poco abarquillado, sin más daños.

Cuando Denis vivía en París, tenía un perro. Vivía con dos chicas, dos mujeres más bien. Encantadoras. Un verano, él no volvió a Madrid y yo fui a pasar con él el mes de julio. Por las mañanas asistía a un curso y yo pateaba la ciudad e iba a buscarlo a la salida, con su perro. Un día, me habló de las constelaciones familiares y de lo que tenemos en nuestro cuerpo que pertenece a nuestros antepasados. Yo no tengo ni idea de quiénes eran mis antepasados y jamás me he preguntado cómo eran las mujeres u hombres que han llevado mi apellido. Pero luego me di cuenta de que, para él, sus padres ya eran antepasados, hablaba de ellos como yo hablaba de mi tataratataratataratatarabuela. También me dijo que los abortos de una madre se fijan en el imaginario de los hijos natos y los acompañan en sus

subconscientes de por vida, como un duelo eterno. Cuando me dijo eso, pensé que Denis estuvo a punto de convertirse en aborto y que quizá en vez de nacimiento habría tenido anidamiento, en las pesadillas de su madre, o en el pensamiento de otro hermano futuro. Quizá eso le habría gustado más que la vida. Aunque para mí ya es aborto, ya es un duelo eterno.

Me visto, de blanco, y me preparo un té que bebo con los cascos puestos en el salón. El cuerpo de Denis sale a las nueve de la mañana del depósito, rumbo al cementerio. Son las siete.

Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

...

Esta va a ser la última vez que pise esta recepción, este hospital, este lugar. Ahí está el enfermero. Me cuesta esconder mis lágrimas, pero tengo que hacerlo. *Sotto koraeru namida*, las lágrimas suprimidas en secreto, me repite mi cabeza todo el rato.

El chico rubio, el enfermero japonés y yo vamos hacia el depósito. Un coche está en la puerta, listo para sacar el cuerpo de Denis. Entro en el depósito y la camilla número 11 está vacía, vuelve a estar libre para otro cuerpo sin vida. Miro hacia la derecha y hay un ataúd abierto. Dentro, Denis yace desnudo. Me quedo sola con él, cinco minutos, no tengo más tiempo. Saco el discman. Encajo el auricular derecho en el oído del cuerpo sin vida de Denis y me coloco el izquierdo en mi cuerpo sin vida. Busco la canción número 6 del disco. *What Have You Done*, de Naomi Shelton & The Gospel Queens. La cámara invisible nos graba y pone todo el afecto del mundo en generar el plano que más amor ha recogido nunca. Yo me imagino, delante de nosotros, una proyección de los mejores años de nuestra vida, en concreto de todos nuestros bailes. Te miro. Estoy muy asustada, Denis, no podría vivir si me olvido de tu cuerpo, de tu cara. Acercó mi mano derecha a tu mano y paso

todas las yemas de mis dedos por la yema de tu pulgar, como si yo contara algo con tu mano, ya más fría que las piedras. Esto me recuerda la frase con la que solías acabar tus cartas: Las piedras, paloma, qué van a saber de amores. Denis, nunca serás olvido, la tierra te acogerá.

La necesidad de aguantar hasta el límite, de andar en los bordes de la conciencia, de la personalidad, llevar a la gente al límite conmigo y perder el sentido de las normas sociales, es algo de lo que me curé hace ya tiempo. O al menos eso creía yo. Pero no, hay trastornos que no nos sueltan nunca. A mi alrededor, de nuevo hay silencio. Debería hacer una oda al silencio de mi vida, al silencio de la gente que me ha rodeado siempre, al silencio de mi madre, al silencio que me pedía mi padre, al silencio de Denis, al silencio que siento yo ahora en este depósito. Cuando era pequeña, adoraba la sensación de meter la cabeza debajo del agua y sentir el fin del mundo. Era similar a sumergirme en lo más profundo de mí misma y buscar la paz que no encontraba en los silencios de mi casa. Este silencio es como aquel vacío. No encuentro a la chica que grita auxilio, en esta sala, en este Tokio, no está la Ada que grita. Está la inerte, la incapaz de sentir placer, la que disocia la realidad, la enferma, la repugnante mujer enganchada a los tranquilizantes, esa Ada. Por eso, y haciéndote homenaje, Denis, saco de mi bolso un lexatín que trago con dificultad y, sin apartar la mirada de tu cara, digo en voz alta:

Por ti, porque te quiero.

Dos auxiliares o enfermeros o personal vestido de blanco me piden que salga y sacan el ataúd hasta el coche. El chico rubio me coge la mano y yo se lo agradezco apretándosela. Pienso en mi madre. Mamá, me siento sola.

Nos montamos en el coche, los tres, el enfermero japonés viene con nosotros. El chico rubio conduce. Vamos en silencio. Ni una lágrima, ni un lamento, ni un sollozo. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

...

Tsuya se llama la ceremonia que les hacen a los muertos en Tokio. Los familiares iluminan la sala con velas. La habitación en la que estoy es de madera. Las paredes, el suelo, su ataúd; todo de madera. Hay una pared donde la gente podrá colgar pequeñas estampas. He mandado llenar el fondo de la sala con siemprevivas. Hay un proyector, el chico rubio dice que unos compañeros de trabajo de Denis han hecho un vídeo. Yo no tengo gesto en la cara porque hoy me siento más vacía que los muertos de este tanatorio. Escribo a Nadine.

Vuelvo a Madrid antes de volver a Copenhague, mi amor. Tengo que solucionar unos asuntos que Denis especificó en su testamento.

Lo que no le digo es que también tengo que despedirme de Madrid, porque estoy segura de que tardaré muchos años y muchas guerras en volver.

¿Cuánto tiempo llevo en Tokio? Toda la vida. El tiempo pasa lento. Llevo siglos en este país, milenios. La vejez que siento ahora no corresponde con la edad que tengo. Y la edad que yo tengo ahora en mi cabeza y en mis ojos es una vejez que reconozco por su pesadez, por su aburrimiento. Tan aburrida como una casa sin libros.

Me siento en una de las cuatro filas de sillas que han puesto y, me quedo a esperar a que las horas pasen. El enfermero está fuera fumando. El chico rubio, encargándose de todo. Saco mi libreta y, antes de escribir, paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

*Sentirás un mar negro dentro de tu corazón
y afrontarás la muerte con más miedo.*

Yo miro y miro al final de la sala, el último ramo que hay al fondo. Madre mía, Denis, me dueles como la pérdida de un hijo.

—Tienes que levantarte, está empezando a llegar la gente, tienes que saludarlos y ellos te inclinarán la cabeza —me aclara el chico rubio mientras

me retira el pelo de la cara.

Fijo mis pies al lado del ataúd y una fila de gente comienza a acercarse a mí. Mis oídos ya no escuchan, solo oigo mi respiración. Mis pensamientos se agudizan. Saludo a la gente de forma automática, sin reconocer ninguna cara. El chico rubio me dice algo al oído, algo parecido a «se están preguntando quién eres tú exactamente». Nadie llora. De pronto, viene a mi cabeza Hiro. ¿Estará aquí, me habrá saludado ya? Su mirada me deslumbrará y a cámara lenta transcurrirá mi vida desde ese momento. Él sí será mi Bill Murray.

Acabo con los saludos. No han sido tantos, veinte personas. Pero ninguna Hiro. Si hubiera pasado Hiro delante de mí lo habría sabido.

Reconozco en los rostros de los amigos de Denis el respeto del que me hablaba el enfermero japonés. Reconozco sus consuelos. Aceptan la muerte, aceptan la llegada del duelo. La muerte es algo más, no el fin último. Sin embargo, yo miro el ataúd de mi amigo, de mi Denis, de mi hermano, de mi heredero universal, y veo el fin que le corresponde a la vida. No veo un fin anticipado, veo un fin de partida, veo abono para la tierra. Entenderás mejor la lluvia, me dijo el enfermero japonés, ahí está su consuelo. ¿Dónde está el mío? ¿Dónde empieza mi duelo?

...

Estamos todos sentados en las sillas y yo busco a Hiro con todo mi cuerpo, no le quito ojo a la puerta, no puede empezar el espectáculo sin él. A mi lado están el enfermero japonés y el chico rubio. Cuatro amigos de Denis van a poner una proyección. Las luces se apagan. Ya no puedo ver si viene. Comienza un vídeo. Son fotos de Denis, desde sus primeros años en Japón hasta sus últimos días. Ni una lágrima, nadie. Yo, sin embargo, lloro, pero mis lágrimas caen al interior de mi cuerpo recorriendo mis órganos. Comienza a sonar la canción que dice *I Wanna Know What Love Is* y me río porque es el espectáculo más hortera que he visto en mucho tiempo. Sin

hacer mucho ruido y sin quitar el protagonismo a esa maravillosa proyección, consigo llegar a la puerta y la abro lentamente. Salgo y la luz me hace daño en los ojos. Fuera es todo silencio. Me enciendo un cigarrillo y siento el vacío del hambre, el vacío de la desesperanza. El desamparo, también lo siento. Todo tipo de sentimiento que tenga que ver con las derrotas de uno mismo. Mi dolor ha ganado la peor de las batallas y ya no tengo a mi amigo. Mi consuelo era el depósito, mi lugar en esta ciudad, en este país, era tu habitación. ¿Dónde está el ritmo de mi vida? Japón está tan lejos de mi realidad, de mi rutina, de Nadine... que todo mi apego a estos días, todo mi vínculo con tu cuerpo muerto se desvanecerá y se frivolizará entre los aviones y los viajes en el tiempo que tenga que hacer hasta volver de nuevo a mi habitación con vistas al metro de Amagerbro.

Un hombre, vestido con una camisa blanca, pantalones grises, fuma también; ambos estamos apoyados en la fachada de este edificio alargado y rojizo. Pero estamos lejos y él no se ha percatado de mi presencia. Me pregunto si es Hiro. Me pregunto si quiero saberlo. Él se vuelve hacia mí y nuestros ojos se encuentran. Él tira el cigarrillo y se queda mirándome, de frente, en la distancia. Noto, desde la lejanía, cómo me está mirando a los ojos. Ahí está, es él, Hiro. Sé que es él porque en su cara veo cómo todas las historias que Denis le contó sobre mí van pasando por delante de sus ojos, él es el hombre que tocó el corazón de mi amigo y que está tocando con suavidad, desde la distancia más pura, el mío. El hombre que destrozó a mi hermano y que lo amó como jamás nadie lo ha amado está delante de mí y me mira con pena. Si le culpase de su muerte, correría hacia él y lo mordería tan fuerte que acabaría con él en cuestión de segundos. Pero no le culpo, porque en el fondo sé que él abandonó a Denis porque sabía que iba a matarse. Ese fue el comienzo de su duelo. Su consuelo.

Él agacha su cabeza como han hecho el resto de personas que están ahora dentro de la sala. A mí se me están cayendo las lágrimas porque me estoy dando cuenta de la cantidad de afecto que he depositado en él, en un

completo desconocido. Lloro y lloro, abriendo la boca, a punto de emitir un lamento insostenible. Y lo miro, y veo cómo agacha su cabeza y se mantiene en la distancia, sin hacer amago de irse. Esperando a que mi llanto acabe. Y me doy cuenta de que Hiro es el comienzo de mi duelo. Intuirle en la distancia y saber que su figura no me va a abandonar, que él no se avergüenza de mi llanto porque lo aguanta, lo sostiene sobre sus hombros a pesar de los metros que nos separan. Lloro y me remonto al primer llanto de mi vida; todos los disgustos, todas las decepciones y todos los dolores los estoy llorando ahora y él está allí sin apartar la vista y sometiendo su cultura a mi forma desconsolada de llorar.

Hiro, tú me has tocado el corazón. Tú eres mi consuelo.

Llevo toda mi vida arrastrando y manchando las calles con la culpa, que no puedo quitarme porque está más arraigada que mi sexo, que mi identidad. No amar, no olvidar, no proteger. No sentir. Y en este país donde no existe la culpa, porque la llaman vergüenza, me doy cuenta de que la vida se reduce a eso. El castigo por sentirnos libres, porque, curiosamente, la libertad es esquivar la culpa que acumulamos con los años.

...

Lloro mi culpa acumulada, ante la mirada sola, devastada y atravesada de Hiro, que agacha la cabeza y se toca el pecho. Le respondo con el mismo gesto, pero cierro la mano y me arañó la piel. Sonríe de forma tímida mientras se gira y comienza su marcha en dirección contraria a mi cuerpo.

Y aunque mis piernas se mueren por que las tuyas las sigan, no pueden ni saben hacer otra cosa que gritarte: «No te atrevas a alcanzarme».

Recuerdo el texto de Denis, perdido entre las páginas de *Hiroshima, mon amour*. Así me imagino la despedida de los amantes, de Hiro y Denis, con todo el sufrimiento de una ciudad que arrastra injusticias. Hay que saber por qué lloran las ciudades para saber cómo lloran los amantes.

El cuerpo de Hiro va alejándose hasta que mis ojos ya no alcanzan a verlo. A cada paso que da, una parte de Denis se va con él. Miro por última vez hacia la esquina que ya ha doblado Hiro y me planteo la opción de salir corriendo tras él, pararlo, irnos juntos, tomar un café, que me cuente, que me desilusione y mate todas las expectativas y todos los momentos que yo misma he inventado en la historia de estos dos amantes frustrados.

Abro la puerta y todos están de pie, hablando entre sí. Observo sus trajes blancos, sus estampas. Una mano fría y con las uñas largas se posa en mi gabardina haciendo que mi jersey se pegue a mi piel. Me vuelvo y una mujer de pelo negro y largo me mira directamente a los ojos. Me presento y la Ada social sale airosa y resplandeciente de toda la mierda. Ella se presenta como una amiga del primer local donde Denis trabajó. Sonrío y miles de historias sobre el primer año de Denis aquí comienzan a salir por la bonita boca de la mujer del pelo largo. Me dice que va a echar mucho de menos a Denis, sus bromas, su compañía. ¿Qué sabes tú de echar de menos? Miro su boca tanto que hay instantes en que no sé si ya he besado sus labios o si todavía sigo guardando estas ganas tan grandes que tengo de colocar mi boca sobre la suya. Lo haría, la besaría como única opción de ser partícipe de esas historias que me cuenta.

Consigo salir de esa conversación y le digo al chico rubio que me voy, que necesito irme. Denis va a estar aquí todo el día de hoy, y yo necesito una copa.

Me llevo su coche. No tengo rumbo, la ciudad ya es mía. No me da miedo Tokio. Conduzco pensando en la ciudad que he pisado estos días. Pienso en mi vejiga, cuando lloraba en el suelo de la ducha de hotel de Nikko. El cuerpo es sabio, el cuerpo acoge el duelo, siempre. Aunque no quieras, te niegues, patalees, tu cuerpo siempre va a saber dónde alojar el veneno que se inyecta cuando tu amigo se va.

Aparco. No sé dónde estoy, ni cuánto tiempo llevo conduciendo. Abro mi bolso y saco el tabaco. Salgo del coche y miro a mi alrededor. Desde aquí

puedo ver unas vías del tren. Hay cuatro. Ojalá haya llegado a la hora en la que pasen los cuatro trenes a la vez.

Ojalá.

Fumo y espero. Al fondo, Tokio en todo su esplendor.

La cámara invisible graba cómo Denis aparece a mi lado fumando también, sin apartar la vista de las vías del tren. Pasan los cuatro trenes, a la vez, y el suelo tiembla.

Acabo en un bar que tiene una luz muy tenue y continuo con la sensación de que Denis está a mi lado. Juego a imaginarme que lo está y que, una vez más, estamos respetando nuestros silencios, nuestros huecos. Le pido una copa a la amable camarera mientras juego con un lexatín que tengo entre las manos. El chico rubio me llama, me pregunta dónde estoy, le contesto que no lo sé, que estoy en un bar que tiene una luz muy tenue y que no sé cómo se llama. Después de unos minutos de conversación absurda, consigo decirle la zona en la que me encuentro. Cuelga tomando la decisión de venir a sentarse en esta aburrida barra de bar conmigo. Intento mantener contacto visual con alguno de los aquí presentes, pero ninguno me devuelve la mirada. Todos están mirando su copa, su móvil, a la persona con la que hablan. Todos llevan trajes y hay muy pocas mujeres. Es más, exceptuando a la camarera y a mí, no hay mujeres en este bar. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

El enfermero japonés entra con el chico rubio y es el primero que me ve al final de la barra. Ambos se sientan y la imagen de Denis a mi lado se desvanece. Nos saludamos alzando un poco la barbilla y nos quedamos en silencio. No es incómodo porque no tenemos nada nuevo que decirnos, nada nuevo que aliviarnos ni nada nuevo que tocarnos. Permanecemos así durante aproximadamente veinte minutos, hasta que el chico rubio me dice, acariciándome el brazo:

—Tenemos que volver, hay que enterrar a Denis.

...

—No quiero que confundáis esto con un discurso, no voy a dar ningún discurso sobre lo maravillosa que era la vida cuando Denis estaba en ella, porque nunca estaré preparada para dar un discurso en su funeral. Pero necesito pedir algo, a todos los que habéis venido, a todos los que queríais y respetabais a Denis. Necesito que sepáis que Denis pidió ser enterrado aquí, y dejó por escrito que nadie estuviera presente durante la bajada del féretro a la tumba, por lo que enseguida vendrán dos funcionarios a llevarse el ataúd y esta sala quedará cerrada y se dará por finalizado el funeral. Muchas gracias.

Verbalizar lo que acabo de verbalizar me araña el corazón de tal forma que mis piernas no pueden caminar y mis manos no pueden separarse. Dos funcionarios van a venir y se van a llevar a mi amigo, se van a llevar a mi familia y van a enterrarlo, para siempre. Y ya está, me subiré a un coche, saldremos de este cementerio y me iré a tantos miles de kilómetros que mi tiempo será otro. Entonces, cuando llueva aquí, encima de mi mejor amigo, yo no lo podré ver, cuando aparezcan flores, no las podré oler, y cuando la naturaleza remueva su tierra, yo no sentiré nada. Me olvidaré de él. Llevo solamente horas sin verlo y ya se me está olvidando la forma de su lunar, la forma de sus orejas, el color de su pelo. ¿Qué haré cuando pasen años? ¿Escarbaré en la tierra hasta dar con algún pequeño detalle de Denis?

Dos funcionarios entran y miro por última vez la sala, miro por última vez a mi Denis, metido en una caja; el enfermero japonés me susurra que salgamos, yo le miro a los ojos y asiento. Salimos y el chico rubio, el enfermero japonés y yo caminamos en silencio hacia el coche.

—Creo que voy a necesitar un lextín de los tuyos, Ada —me dice el chico rubio.

Le sonrío y le regalo un blíster entero que saco cuidadosamente de mi bolso. El enfermero japonés comienza a reírse, primero bajito, pero poco a poco se ríe de forma más escandalosa, hasta que contagia al chico rubio.

Ambos se ríen de forma histérica y yo los acompaño con una leve sonrisa. Se ríen y se ríen de forma tan exagerada que yo siento lástima por sus costillas. La risa neurótica del chico rubio se torna en llanto desconsolado y el enfermero japonés corta su espectáculo de forma súbita. De una forma tan súbita que mi cabeza se vuelve hacia él, en lugar de volverse hacia el chico rubio. El enfermero japonés se enciende un cigarrillo y se aleja unos metros. Mientras me acerco al chico rubio, paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Me pregunto a mí misma si estoy lo suficientemente preparada para consolar a otra persona. El chico rubio, que llora desconsolado, me agarra la mano izquierda. De todos mis pensamientos, no encuentro uno que explique por qué coño no estoy mirándole a la cara, secándole las lágrimas con la mano que me queda libre y diciéndole cosas que le ayuden a recobrar el aliento. No sé cómo hacerlo y mi cuerpo está tan bloqueado que parece una ciudad sitiada por unos enemigos sanguinarios. Ni siquiera puedo mirarlo, solo miro al enfermero japonés. Intento asumir que ahora soy yo la que tiene que sostener el llanto del chico rubio, como si fuera un intento, a la desesperada, de matar los insultos que mi cabeza me dedica por no saber responder a su llanto. Consigo hacer que mi mano derecha quede libre del bloqueo y, poco a poco, sin movimientos bruscos, la acerco a la cara del chico rubio y le acaricio con todo el amor que puedo poner, en este momento, en ese gesto. Las últimas lágrimas caen y sus pestañas, húmedas, ya no acogen más sollozos, por lo que libera mi mano, sin pensar si mi mano quería ser liberada o no. De hecho, cuando la suelta, siento un frío que la entumece.

Los tres nos montamos en su coche. El silencio que llevamos aguantando durante todo el día, exceptuando el momento histérico y liberador que hemos vivido, es aterrador, es de película de fantasmas, porque está vacío, porque está lleno de soledad, porque es insostenible, pero aun así lo sostenemos. Ninguno se atreve a romperlo, porque, en el fondo, no estamos siendo conscientes de que, en este abismo, el tiempo está pasando y la incomodidad

está reinando. Dejamos al enfermero japonés donde él nos ha indicado. El chico rubio agacha la cabeza a modo de despedida. Yo me bajo del coche, me pongo delante de él y le sugiero que nos abracemos. Sé que existe la posibilidad de que se sienta violento ante el abrazo, pero necesito cerrar la bondad que hemos creado el uno por el otro juntando nuestros cuerpos. Sintiéndonos. Accede y no puedo evitar enseñar mis dientes al sonreír. Entrelazamos nuestros brazos y nuestros torsos se encuentran, la respiración se iguala por unos segundos y cada uno entra en el pensamiento el otro, dándonos las gracias sin mover los labios. Nos separamos y las puntas de mis dedos recorren sus brazos, soltando su cuerpo cuando llegan a las muñecas. Miro cómo se aleja con las manos en los bolsillos para retener el tacto de su cuerpo en mis manos el mayor tiempo posible. Puede que jamás volvamos a vernos. Puede que jamás volvamos a pensarnos, a acordarnos. Tengo que retener su piel en mi piel.

Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

...

—Es mi última noche aquí, no sé cuándo volveré, supongo que dentro de muchos años, cuando no aguante más. No sé si volveré a verte, tampoco sé si quiero volver a verte, si quiero pensar en ti, en mi tiempo en esta ciudad. Quizá la vida nos vuelva a juntar y nos veamos en otra parte del mundo, en una situación muy diferente, envejecidos, con la voz desgastada. O quizá nunca más volvamos a vernos y esto sea lo único que podamos compartir juntos en nuestras vidas.

—La vida es muy larga, Ada, y nuestro tiempo es pequeño. Y nos vuelve locos la nostalgia, la melancolía. Sinceramente, no creo que la vida nos vuelva a juntar, ni siquiera Denis. Tampoco sé si te pensaré, seguramente huya de este apartamento, incluso quizá me plantee mudarme de ciudad, de

país, empezar de cero en otro sitio. Seguramente lo más lejos que llegue sea al barrio de al lado, pero sé que quedarme en esta casa no tiene sentido si no es con Denis. Lo único que a ti y a mí nos queda por vivir juntos es este baño y esta noche. Y no me apena, me alivia pensar que nos queda esto, que acaba aquí y que mañana nuestras vidas no se cruzarán más, una de las cosas más bonitas que me ha pasado desde que llegué a Tokio eres tú. Pero somos finitos y eso me encanta porque, si alguna vez vuelvo a pensar en ti, lo haré con amor, sin nada más, solo con amor.

Inclino mi cuerpo desnudo, mojado, fuera de la bañera llena de agua en la que nos hemos metido juntos, y estiro el brazo para darle al play del reproductor de música que he traído del cuarto de Denis. Suena *Infirmière*, de Fauve.

No voy a mentir: ahora mismo, estando entre estos brazos que me rodean y que comparten el agua conmigo, quiero quedarme. Quiero quedarme. Renuncio a mi vida, me quedo con este consuelo, lo que aguante sin Denis en la vida, me quedo aquí. Pero la realidad, las elecciones, las vivencias me golpean en la cara, en los brazos, en las piernas. ¿Qué hago yo en este apartamento? ¿Qué hago yo en esta ciudad, lejos de Nadine?

Nos quedamos quietos, sintiendo nuestros cuerpos, aliviándonos del peso que ahora sostiene el agua. Compartiendo la falsa gravedad y dejando que crezca el poquito amor que tenemos que darnos.

Yo soy la primera en salir del agua. En secarme cada gota de mis piernas, mi culo, mi vagina, mi vientre, mi pecho, mis brazos y mi pelo. Me seco todas las esquinas y curvas de mi cuerpo, toda mi identidad, delante del chico rubio, que me mira sin verme; sus ojos están idos, cansados. Me miro al espejo y me digo: Eres Ada, has perdido a Denis, estás en Tokio, te vas mañana, no estés triste, no estés triste. Pero los territorios de mi cabeza, cada pueblo, cada villa de mi cerebro, son lugares invadidos por una soledad que me paraliza de miedo. Me aterra irme de esta casa, de esta ciudad. Me aterra volar mañana a Madrid, tener que ver a mi madre, a mi padre, a mis

hermanas, aguantar el peso de pertenecer a una familia. Me da pavor volver a Dinamarca, ver a Nadine significará que he vuelto a casa, que he vuelto a un lugar seguro donde ya nunca más me sentiré a salvo. La vida te cambia de un momento a otro, lo aprendí de Joan Didion cuando la leía en la dolorosa intimidad de un cuarto compartido. Un día estás preparando la cena y tu marido se muere mientras tú piensas que está bromeando. Un día estás en el parque con tu hija distraída mientras ella juega y a tu hija la atropella un coche. Un día estás yendo a buscar a tu novia al trabajo con los cascos puestos y tu amigo del alma se mata. Y jamás vuelves, jamás vuelves a cenar, jamás vuelves a ser madre, jamás vuelves a ser amiga. Deja de haber calma y comienza la culpa, la vergüenza. Cómo retomo mi vida, en qué punto.

He bajado a fumar a la calle. Como hice el primer día. El frío de Tokio será siempre parte de mi dolor, de mi duelo. Miro la ciudad, la calle, la gente que pasa sin percatarse de que alguien los está mirando. Es mi última noche en Tokio, con todo lo que eso significa.

XIV

El chico rubio me ayuda a hacer la maleta, a terminar de colocar las cosas de Denis en cajas. Le dejo apuntada la dirección a la que debe enviarlo. Follamos. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Continuamos semidesnudos con el equipaje y el embalaje. Cenamos. Nos fumamos un cigarrillo. Sacamos mi tarjeta de embarque. Repasamos la maleta, cada caja, cada bolsa. ¿Qué vamos a hacer con su ropa?, me dice. Quédate lo que quieras, lo que yo quería ya está guardado, sus jerséis, sus camisetas, ya están junto a mi ropa, el resto es todo tuyo. Metemos los libros en bolsas. Su ordenador. Qué hago con su ordenador. Me lo quedo. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Miro el reloj, el chico rubio está quedándose dormido. Vamos a su habitación. Follamos, de despedida, porque cuando él se despierte yo ya me habré ido. Cerramos los ojos. Nos besamos, es de las primeras veces que nos besamos y lloramos. No por él, no por mí, por Denis. Por Tokio. Nos quedamos dormidos. Entramos en un sueño que es tan profundo que volvemos a encontrarnos dormidos en su cama. Sueño con el enfermero japonés, con la camilla número 11, sueño con Hiro, con los cuatro trenes que han pasado a la vez. ¿Eso ha sido cierto o es un sueño? Me despierto, a mi lado está el chico rubio. Miro mi teléfono.

Avísame cuando llegues al aeropuerto, te quiero. Nadine.

Son las cuatro de la mañana. Aún es pronto, puedo dormir todavía un par de horas más. No quiero ir a Madrid. No tengo sueño. Voy a la habitación de Denis. Me siento en su cama, voy a dormir aquí por última vez, donde decidiste matarte, voy a poner la cabeza por última vez en la almohada que te

sostuvo en tus últimos alientos. Cojo el ordenador de Denis. Le doy a *enter*, no tiene contraseña. Su escritorio. Una carpeta que pone Documentos D. Facturas, registros, alguna foto, tarjetas de embarque antiguas, Ada.doc.

Ada.doc. Denis tiene un archivo con mi nombre. Denis tiene un archivo cuya última modificación fue el día 10 de febrero de 2016 que lleva mi nombre.

Me levanto, fumo en la ventana. Me acabo el cigarrillo y estoy tentada de encenderme otro. Denis tiene un archivo que se llama Ada.doc, tengo que leerlo, déjate de gilipolleces, Ada, siéntate y léelo. Dejo la ventana abierta, que entre el viento, el frío. Me siento en la cama, pongo el ordenador en mis piernas. Abro el documento.

Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo.

Denis

(Ada.doc)

Ada,

mi amor. No sé si has encontrado este texto o cuándo lo harás. No sé si lo encontrarás en algún momento de tu vida, quizá estés para siempre preguntándote por qué coño me maté. Sé que tú no buscas explicación porque sabes que lo que yo decida estará bien. Pero esto no está bien, mi amor. Denis (escribo mi propio nombre y me resulta extraño) murió ya hace un mes, ya no hay nada que habite esas letras, mi corazón se ha ido, muy lejos. Te pido perdón, por nuestra amistad, por todo lo que hemos vivido, por nuestra hermandad. Quizá si mi tiempo comenzase de nuevo y la vida nos juntase con la misma fuerza, renunciaría a ti, para no causarte tanto dolor con mi huida sin retorno. Te evitaría los recuerdos amargos y la melancolía que poblará nuestra amistad. Te alejaría de Denis. Pero, egoístamente, creo que, si no te hubiera tenido cerca, los mejores años de mi vida no existirían, el vacío habría sido tan grande que me habría quedado ciego buscándote por el mundo. Eso es lo que quiero que entiendas: que renunciaría a mis sentidos si pudiera evitarte este dolor. Pero también tienes que entender que el vacío que siento no lo he sentido nunca antes. Ada, he sido feliz. A pesar de nuestras vidas, he conseguido ser feliz. Al final he conseguido entender por qué lloran las ciudades que han sido maltratadas y resurgen. Lloran de amor, Ada.

No sé cómo empezar, porque tendría que remontarme a los sangrados que le ocasioné a mi madre durante el embarazo, pero voy a empezar por decirte que hoy, en Tokio, he pensado en ti. En cada calle te he visto mirándome y sonriéndome, te he visto con tu gabardina y tu cigarrillo. He visto tus manos.

Siempre he pensado que tus manos son lo más bonito de tu cuerpo y que tu felicidad empezará cuando arranques el frenesí que depositas en ellas.

Anoche mis piernas me llevaron hasta el portal de Hiro. Voy allí de forma neurótica desde hace un mes, mis extremidades no entienden más órdenes. Da igual lo que llore, mis piernas me llevan. Es curioso, el antagonista del cuerpo es la cabeza, y el cuerpo siempre es sumiso, es el padre que tolera que su hijo le desprecie, es la madre que acoge a su bebé después de mil horas de parto. El cuerpo tiende a sanar los destrozos del pensamiento. Pero mi identidad está tan perdida que mi cuerpo ya no sana nada, mi cuerpo se ha rendido a pesar de que mi cabeza ahora le exige cordura. Las tornas han cambiado y ya no hay forma de reparar el error. Cuando he llegado a su portal, he decidido renunciar a mis piernas de una vez para siempre y he sellado mis pies al suelo, sin apartarme ni un centímetro de esa puerta. La gente pasaba, se chocaba conmigo, me miraba y algunos hasta me preguntaban. Pero mis palabras no han despertado, porque si algo hubiera despertado lo que yo tenía dentro, Japón entero se habría extinguido en cuestión de segundos. No esperaba nada ni a nadie, no esperaba ni siquiera una cara conocida. Creo que lo único que me habría hecho moverme habría sido verte, pero no estoy seguro ni siquiera de eso. Porque ya no estoy seguro de nada, ni de haber nacido, ni de estar muerto. Tú sabes cómo es la impotencia, cómo somos de sádicos y también, ahora, sabes el terrible dolor que sentimos cuando la tierra se traga a nuestros seres queridos.

Seres queridos es una expresión de mierda. Cuando alguien se refiere a sus «seres queridos», damos por hecho que esos «seres» quieren recíprocamente a ese alguien. Pero ¿qué pasa si no te aman recíprocamente? ¿Dejan de ser seres queridos? ¿Y qué hago con el amor que me arrebatan cuando no me dejan calificar de querido a un ser que no me ama? Todo esto lo pienso al aire, al viento, porque a mí me han amado y, Ada, no sabes cuánto. Recuerdo cuando me decías que odiabas hablar de amor porque no encontrabas otra forma de expresarte, más que a través de ñoñerías y

cursiladas. Te darás cuenta de que, cuando de verdad has querido a alguien, ante la pérdida, te dan igual las cursiladas.

Yo me he vuelto loco de amor por un hombre que se llama Hiro, sé que en algunas de mis cartas te hablé de él. Sé que te reenvié aquel e-mail desesperado que tuve que mandarle para evitar que volara lejos de mi vida. Lo sé, pero jamás te he contado lo que voy a narrarte ahora. Esto es una historia que te confieso a ti, solo a ti. Me hago la autopsia antes de matarme, porque te quiero.

Hiro era arisco, tenía un mal humor arraigado en alguna parte de su vida que desconozco, era torpe, despreocupado, poco atento, fumaba continuamente... Pero me quería, Ada. Me quería y no se me ocurre ninguna metáfora que pueda expresar lo maravilloso que era conmigo. Era un hombre lleno de luz, de amor. Y me amaba, Ada. Me quiso tanto que me curó hasta la pérdida de mis padres, que ni la recuerdo, pero que tanto ha habitado en mí. Me daba la mano en Japón, y en Japón no dan la mano. Me daba besos en Japón, y en Japón no dan besos. Me quería a pesar de que nuestro amor viniera de diferentes culturas. Denis y Hiro se han amado en Japón, y Japón no ama.

Pero el sol viene y se va y esta noche no ha habido luna para mí, como la noche que Hiro me confesó que ya no tenía más amor que darme. Aquella noche la angustia era insoportable, pero nada comparado con la que siento ahora. No podía entender cómo después de pasar el mejor año de nuestras vidas, de haber amado tanto y de haber recibido un amor tan descomunal, el final hubiera llegado. ¿Qué parte de mi cuerpo había dejado de gustarle? ¿De qué parte de mi mente se había cansado? ¿De verdad se puede dejar de querer, de necesitar a alguien? Durante una semana, perdí mi dignidad por recuperarlo. Seguí con mi vida, aguantando la traición, el desamparo y todo mi dolor sobre mi espalda. Dejé de ver necesarias las cosas que antes sí lo eran, renuncié a muchas partes de mí mismo para soportar el olvido. Viajé solo y recorrí los lugares donde nos habíamos cogido de la mano. Lo hice

todo para que mi mente no se olvidase de la delicadeza y del cariño que había recibido. Pero poco a poco su voz empezó a irse, su nuca, sus manos, sus brazos, sus piernas, su cama, su pecho, su cara. Todo huía de mi vida y de mis recuerdos como si una manada de lobos los persiguiese. Y yo me rendí, dejé la lucha para los moribundos, asumí que ese amor se fue y que viviría toda mi vida con una gran cicatriz que me recorrería el pecho entero. Otros chicos vinieron, se tumbaron en mi cama, follaron conmigo, me conocieron y me gustaron. Lo olvidé.

En el camino al trabajo, siempre veo a los niños uniformados que van al colegio, todos los días. Y pienso en su dejadez al andar, en su parsimonia, en la lentitud con la que caminan, idéntica a la que tu hermana pequeña llevaba cuando iba a la escuela y se enfrentaba a los acosadores de mierda contra los que nunca pudimos combatir. Siempre pienso en tu hermana cuando voy al trabajo. Pero aquella mañana no vi a ningún niño ni niña, ese día no pensé en ella, sino que pensé en ti, en la carta que tenía que enviarte a la salida del trabajo. Y no sé si fue porque tu rostro me vino a la mente o porque ese día me levanté a deshora, pero en la puerta de mi trabajo, como si las coincidencias existieran, estaba Hiro, esperándome con una camisa blanca. Me quedé quieto, sintiendo la gravedad. De golpe, uno a uno, volvieron a aparecer los recuerdos de nuestro amor en mi cabeza, en mi cuerpo. Uno a uno y con todos los detalles. Volví a recordar su nuca, sus manos, sus brazos, sus piernas, su cama, su pecho, su cara. Todo. No sé cómo describirte lo que sentí al verle allí, esperando a que yo llegase. Por una vez en la vida sentí que algo me salía bien, que por fin había amado lo suficiente como para merecer a Hiro de vuelta. Él vino hacia mí y su rostro iluminado me alumbró hasta los secretos más ocultos. Era como una hoguera en mitad de la nieve, un refugio en un campo de batalla. Recorrí su rostro con mis ojos, para reconstruir todos los recuerdos que una vez volaron de mi mente. Le toqué el brazo y, como si una oleada de oxígeno puro se inyectase en mis pulmones, la gravedad se

hizo más firme y los relojes de mi vida volvieron a ponerse en funcionamiento.

Caminamos en silencio hasta encontrar una cafetería. En ese paseo, yo no veía a nadie más en esta ciudad. Era una ciudad desierta, sin coches, sin gente, deshabitada. Solo estábamos él y yo.

Tú me conoces, Ada, sabes que cuando no tengo forma de expresarme recurro a los CD, recurro a la música. Pues no existe un CD con la capacidad suficiente para contener todas las canciones que me servirían de ejemplo para explicarte cómo me sentía cuando Hiro, con un café en la mano, me dijo que no podía vivir sin mí. Que había intentado agarrar su vida en el punto donde la dejó antes de conocerme, pero que se había dado cuenta de que sin mí no tenía sentido. Ada, no existen canciones de referencia para ese momento porque yo no tenía el cuerpo preparado para el latir de mi corazón, aquello era como temblores de la Tierra dentro de mi pecho. Me sentí como un superviviente de una catástrofe natural, vi mi cuerpo luchar contra las olas de un tsunami y le vi levantarse con esfuerzo de las ruinas de un terremoto.

La vida, Ada, nos recompensa. Es piadosa con los abandonados. Es piadosa, Ada.

¿Recuerdas la felicidad, la liberación, la seguridad que nos dio aquel viaje en la caravana? ¿Recuerdas cuando hablábamos de ser padres? Ninguno de los dos quería. Tú no querías traer niños como nosotros al mundo, no querías poblarlo de bebés con rencores, tristezas y adictos a alguna sustancia del futuro. Yo tampoco quería. Pero, después de los años que han pasado, de las vivencias, del amor, quiero ser padre. Quiero tener unos hijos maravillosos. Me mudaría al fin del mundo de la mano de Hiro, para poder criar a mis hijos con él. De verdad, yo quiero ser padre y sobreprotegerlos. Y mimarlos. Y mentirles diciéndoles que el mundo estará a sus pies. Me muero por ser capaz de convertirme en la persona más mezquina, mala y peligrosa, con tal de proteger a mis hijos.

Hiro y yo hablamos de eso. ¿Cómo no iba a decirle al padre de mis hijos

que tendríamos hijos juntos? Él también quería. Ada, me quería, me amaba y quería tener hijos conmigo. Decidimos retomar la relación donde la dejamos. En su casa las horas pasaban lentas. No hacíamos mucho, de vez en cuando veíamos una película, otras veces solo hablábamos. Teníamos tan poco en común que nunca llegábamos a conocernos del todo. Yo le hablé de ti, de toda mi vida contigo. Le conté que tú eras mi única familia, que eras mi hermana, mi madre, mi tía, mi mayor enemiga, mi gemela. Todo lo eras tú.

Pero esto no es lo que quiero contarte. Quiero acercarte a mi realidad, a mis razones, a mis motivos, quiero desahogarme por última vez contigo. No quiero que arrastres más culpa que la que ya te acompaña cada día. Por eso debes saber que nada habrías podido hacer para salvarme. Mi vida ya está acabada. Mi tiempo ha sido perfecto y mis vivencias, las que necesitaba. El dolor se transforma en emoción cuando lleva tiempo enquistado, como un cáncer sin tratar. ¡Qué te voy a contar a ti de dolores!

Hacía tres meses que Hiro y yo volvíamos a estar juntos. Tres meses en los que habíamos estado obviando al mundo, a la naturaleza, a todo. Tres meses que habían parecido cien vidas. Y aún nos moríamos de ganas de vivir todos los años que nos quedaban juntos. Una mañana me levanté y Hiro estaba dormido a mi lado, le toqué el cuerpo desnudo e hicimos el amor. Desayunamos hablando del restaurante nuevo que acababan de abrir en su calle. Me sugirió que fuéramos esa misma noche. Yo, sin embargo, tenía reservado ese restaurante para otra ocasión más especial, por lo que le propuse ir a ver el mar. No era un plan que hiciéramos a menudo, pero intentábamos ir, de vez en cuando, a la playa de Kujūkuri. A Hiro le daba miedo, me contó que un tifón o un tsunami se llevó a una prima suya, ambos intentaban huir y la pequeña no tuvo a qué agarrarse y el agua se la tragó sin importarle su edad, su belleza, su ternura. La engulló para no devolver jamás nada suyo. Me contó que, desde que presencié aquello, trataba al mar con respeto. Pero, desde que yo llegué a su vida, Hiro le fue perdiendo el miedo al océano, poco a poco. La idea que le planteé no le sedujo tanto como la

cena en el restaurante nuevo, pero, a regañadientes y con un cigarrillo en la mano, aceptó, me dio un beso y se metió en la ducha. Cuando nos montamos en el coche, yo le puse un CD que tenía preparado para mandarte a ti a la semana siguiente. Empezamos el viaje con la canción: *Wishin' and Hopin'*, de Dusty Springfield. Le dediqué un maravilloso *playback* que él recibió entre risas. Siempre que yo conducía, él me ponía la mano sobre mi pierna, la posaba y se desentendía del mundo, se quedaba dormido con la mano en mi muslo, siempre.

Llegamos a la playa y la enormidad del mar nos acogió con fuerza. El cielo estaba gris y el agua plateada, corría el viento, pero yo me moría por quitarme la camiseta y los pantalones y meterme en el agua. Me moría por nadar en ese mar salvaje que tanto ha agitado estas costas. Pero Hiro nunca me habría dejado. Y mirando la inmensidad hablamos de la belleza, de lo profundo que el cuerpecito de su prima habría caído; hablamos de nosotros también, de nuestro futuro, de nuestro presente. Hablamos de lo duro que había sido mi olvido, de lo que me odié por no conseguir acordarme de su nuca, de lo que me costó entender que él fue capaz de abandonarme una vez. Él asumió con vergüenza el daño que me hizo y yo le perdoné con todo mi corazón abierto. Nos besamos. Poco a poco se fue haciendo de noche. Volvimos al coche y por primera vez Hiro me dijo que había estado a gusto frente al mar, que le había calmado algo de dentro. Me acordé de cuando tú y yo íbamos a la playa, con los cascos y el discman, con música muy horterera y canciones en francés que no entendíamos. Podíamos estar horas sin hablar, cada uno pensando en sus cosas, a veces incluso llorábamos sin que el otro se diese cuenta. Llorábamos porque también sentíamos que algo dentro se estaba aliviando. «Es nostalgia, el agua produce nostalgia. Eso es lo que tienes dentro», le dije. Y fue como si te lo estuviera diciendo a ti de nuevo. Hiro puso su mano en mi muslo y un anochecer cubría nuestro camino. La carretera nos abría paso y nos guiaba, no necesitábamos nada más en el mundo, no le pedíamos nada más a la vida, solo esa estampa preciosa de dos

amantes, un anochecer, el mar a sus espaldas y una gran ciudad delante de ellos. ¿Qué más podíamos pedirle al mundo, Ada? Pensé en lo que la gente llama felicidad. Te juro que, en ese momento, Ada, pensé en la puta felicidad. En lo maravilloso que es estar loco de amor por alguien y ser correspondido. Pero me quedé dormido. Me quedé dormido pensando que debía decirle a Hiro que me faltaban vidas suficientes para darle todo el amor que tenía para él.

La cabeza es el antagonista perfecto del cuerpo. El jodido cuerpo es siempre débil, sumiso. Mi cabeza me tendió la trampa perfecta, me engañó, y mi cuerpo, que es un hijo despreciado por su padre, cayó en esa trampa. Mis ojos dejaron de ser míos, mis párpados dejaron de habitar mi cuerpo para caerse en picado.

No recuerdo nada más, Ada. Ni siquiera puedo llevar una culpa digna porque lo siguiente que recuerdo es a la persona que amaba, que todavía amo, destrozada en el asiento del copiloto. No oía mis propios gritos, ni las sirenas de las ambulancias. No sé cuánto tiempo había pasado, no sabía si mi Hiro, si el amor de mi vida estaba muerto. Enseguida me sacaron, me llevaron a una ambulancia. Y allí, roto de dolor, sintiendo una agonía que se materializaba por segundos, esperaba a que sacaran el cuerpo que esa misma mañana había estado tumbado conmigo en la cama, que había estado dentro de mí.

La vida es piadosa, pero también arrogante. Podría hablarte de la culpa, pero es algo tan grande que jamás sabría explicarte; podría contarte que dejé de hablar, que dejé de ir al trabajo, que todas mis necesidades básicas se convirtieron en el reflejo de mi culpa. Pero no sé cómo explicarte el vacío tan amargo, tan profundo, tan doloroso que siento. La vida es sarcástica, es una madre vengativa. La naturaleza es un titán, es una reina en un trono demasiado pequeño, es la destrucción y el origen de la dulzura.

Anoche clavé mis piernas ante su puerta, sin exigirle nada a nadie, sin pedir nada. Me quedé allí toda la noche y las horas han pasado por mi cuerpo. Pero en el vacío no existe el tiempo, no existe el sonido, no existe ningún tipo

de onda ni de material que impacte contigo, porque el vacío es más grande que la nada. He visto al sol irse y volver, para mí esta noche no ha habido luna. ¿Qué me ha hecho moverme al volver a ver la luz radiante del cielo? No lo sé. La certeza, supongo. Pero no estoy seguro, porque mis pensamientos no me exigen más esfuerzos. He caminado hasta casa, las piernas me temblaban, no sabes cuánto, y ahí es cuando tú has aparecido en mi mente con una claridad que podría haber confundido con la realidad. Estabas aquí, a mi lado, caminando conmigo en silencio. Mi último paseo y me temblaba el cuerpo entero, de frío, de cansancio. Pero hay que estar cansado para morir.

Mi amor, mi Ada. He disfrutado, he amado, he reído, he llorado, he follado, he sido el hombre más infeliz de la Tierra, también el hombre más feliz, me han amado, me han odiado, me han abandonado, me han recuperado, he visto lo más bonito de la vida y he matado. ¿Sabes de dónde surgen las tragedias? De asumir que la vida no se para con la muerte, que los árboles no dejan de crecer, que los niños no dejan de nacer, que las madres no dejan de luchar y que el viento no se para. El viento no se para, Ada.

No entiendo la necesidad de seguir sometido a un sufrimiento constante. No soy capaz de rehacer mi vida, de cambiar mi vida. Y desde que aquello pasó, mi castigo ha sido aguantar la vida, aguantar con mi cuerpo dentro de la maldita atmósfera; respirar y ver el mundo ha sido mi castigo por haber matado al hombre de mi vida. Pero ya no puedo sostenerlo, ya no puedo sostener mis sentimientos. No puedo pensarle ni un día más.

Te dejo mi última canción para ti. Lucha, Ada, te quiero con todo mi corazón, que es lo único de mi cuerpo que aún siento mío.

Only a Broken Heart, de Tom Petty.

Elisa Levi

Nació en Madrid en junio del 94 y ese mes fue muy frío para ser verano. Ha peleado con su cuerpo, ha tomado Prozac, ha bebido y ha fumado. Ha escrito poesía y teatro. Ha abandonado un curso becado y ha cambiado su apellido para tomar las riendas de su identidad. Le gustaría haber sido amante de Isabel I, pero nació en la época que no era y a cambio ha escrito sobre su generación.

Por qué lloran las ciudades

Elisa Levi

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada, Planeta Arte y Diseño

© de la fotografía de la portada, Joseph Hoflehner

© Elisa Levi, 2019

Corrección de estilo a cargo de Rosa Iglesias Madrigal

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-9998-719-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!

